



Año 6 • no. 11, julio-diciembre de 2017

e-ISSN 2448-4962

Fecha de publicación: 30 de abril de 2018

doi: 10.22201/fe.24484962e.2018.v6n11.a1

La crítica de Karl Polanyi a la teoría económica basada en el *homo oeconomicus* y la mentalidad de mercado

Carlos J. Maya Ambía

Departamento de Estudios del Pacífico
Universidad de Guadalajara (México)

✉ Correspondencia: carlosmayaambia@hotmail.com

Recibido: 04/10/2017. Aceptado para publicación: 05/11/2017.

RESUMEN

A partir de una minuciosa revisión de los textos más importantes de Karl Polanyi se presenta una sistematización de su crítica a la teoría económica, fundamentalmente a la neoclásica, pero también válida en ciertos aspectos para otros enfoques, como el clásico y el marxista. El texto se compone de diez apartados. En el primero de ellos se introduce al lector a la temática a analizar. El segundo apartado se enfoca en lo que Polanyi llamó la falacia económica. Después se discuten las dos acepciones de lo económico, que el autor llama la definición formal y la definición sustantiva, respectivamente. En el cuarto apartado se profundiza en la falacia de la escasez. En el siguiente se presenta la interpretación de Aristóteles que hace Polanyi, para pasar, en el apartado sexto a fundamentar lo que el autor denomina la economía sustantiva. El séptimo inciso presenta las formas de integración mediante las cuales las sociedades resuelven el problema del aseguramiento del sustento de sus miembros. En el octavo apartado se discute el lugar de la economía en la sociedad, para concluir

Ciencia Económica • Publicación electrónica semestral

<http://www.economia.unam.mx/cienciaeco/>

con una revisión de la forma en que Polanyi entendía la relación entre comercio, dinero y mercados. El décimo y último apartado presenta algunas consideraciones sobre la vigencia y actualidad de la crítica de Polanyi a la teoría económica.

Palabras clave: Historia del Pensamiento Económico desde 1925: histórico, institucionalista, evolucionista, escuela austriaca, escuela de Estocolmo. Historia del Pensamiento Económico: individuos. Enfoques heterodoxos actuales: histórico, institucionalista, evolucionista.

Clasificación JEL: B25, B31, B52.

KARL POLANYI'S CRITIQUE OF ECONOMIC THEORY BASED ON THE *HOMO OECOMICUS* AND THE MARKET MENTALITY

ABSTRACT

Based on a thorough review of Karl Polanyi's most important texts, the article proposes a systematization of his critique of economic theory, fundamentally neoclassical, but also valid in certain aspects for other approaches, such as classical and Marxist. The text is composed of ten sections. In the first one, the reader is introduced to the topic to analyze. The second section focuses on what Polanyi called the economic fallacy. Then the two meanings of the economic are discussed, which the author calls the formal definition and the substantive definition, respectively. In the fourth section, the fallacy of scarcity is deepened. In the following one, Aristotle's interpretation of Polanyi is presented, in order to pass, in the sixth section, to argue what the author calls the substantive economy. The seventh paragraph presents the forms of integration through which societies solve the problem of securing the livelihoods of their members. The eighth section discusses the place of the economy in society, to conclude with a review of how Polanyi understood the relationship between trade, money and markets. The tenth and last section presents some considerations on the current validity of Polanyi's criticism of economic theory.

Keywords: History of Economic Thought since 1925: Historical, institutional, evolutionary, Austrian School, Stockholm School. History of Economic Thought: Individuals. Current heterodox approaches: Historical, institutional, evolutionary.

JEL Classification: B52, B31, B52.

1. INTRODUCCIÓN

Tres años después de la publicación de su obra más importante y conocida, *La gran transformación* (1944), Karl Polanyi fue nombrado profesor de Historia Económica General en la Universidad de Columbia, Nueva York. Los siguientes diez años de su vida los dedicará a coordinar un brillante grupo de investigadores interesados en esclarecer los orígenes

de las instituciones económicas, haciendo a un lado los problemas de las economías capitalistas y socialistas de la época para dirigir su atención, principalmente, hacia la antropología y la historia antigua. En esta gigantesca empresa, Polanyi —explica Maurice Godelier— “orientó sus trabajos en tres direcciones: la crítica de la teoría económica, la construcción de una tipología de sistemas económicos y el origen e historia de las instituciones económicas, en particular el comercio administrado, el mercado libre, los diversos usos de la moneda, etc. Estos trabajos fueron reunidos en 1957 en *Trade and Market in the Early Empires*” (Polanyi, Arensberg y Pearson, 1976, p. 11).

En particular, la crítica de Polanyi a la teoría económica marginalista es parte de su crítica a lo que él despectivamente llama “el credo liberal”, al que califica de fe ciega, fanatismo y fervor evangélico, respecto a la efectividad del sistema de mercado y al que dedica los capítulos XII y XIII de su obra principal, *La gran transformación*. Sin embargo, es muy probable que las raíces de dicha crítica daten de aproximadamente dos décadas antes de la publicación de esta obra. En especial, podría ser que la polémica conocida como *Methodenstreit* ejerciera influencia sobre la posición de Polanyi en cuanto a las funciones de la teoría económica (Dale, 2010, pp. 101-103).

El debate entre economistas austríacos y alemanes se inició a raíz de la publicación en 1883 del libro de Carl Menger sobre el método de las ciencias sociales y, en especial, de la economía política y su acre crítica por Gustav Schmoller.¹ La disputa fue continuada por numerosas publicaciones de las plumas de ambos bandos, sin que pudiera identificarse algún vencedor definitivo, y más que cerrándose, fue desvaneciéndose ante acontecimientos políticos y económicos de mayor relevancia que las cuestiones meramente metodológicas, mismos que desembocaron en la Primera Guerra Mundial.²

En esencia, lo que se discutía era si la ciencia económica podía, e incluso debía, desentenderse del contexto histórico, cultural e institucional, para construir una teoría pura que explique los fenómenos económicos mediante un método deductivo, basado en ciertos principios válidos en

1 El título del libro en alemán es: *Untersuchungen über die Methode der Sozialwissenschaften, und der politischen Oekonomie insbesondere*, publicado por Duncker & Humblot en Berlín. La referencia a la crítica de Schmoller es la siguiente: *Zur Methodologie der Staats- und Sozialwissenschaften*, en *Jahrbuch für Gesetzgebung, Verwaltung und Volkswirtschaft im Deutschen Reich* 7, pp. 974-994.

2 Véase Milonakis y Fine (2009), en especial los capítulos 5 y 6, “Not by theory alone: German historicism” y “Marginalism and the Methodenstreit” respectivamente.

todo tiempo y lugar, como la propensión al trueque, subrayada por Adam Smith, la maximización de la ganancia, la formación de precios por oferta y demanda y otros, que correspondían a un sistema social compuesto por individuos guiados por motivaciones egoístas. Consecuentemente, Menger era partidario del *laissez-faire*. Por su parte, Schmoller consideraba que los principios de la economía se basaban en datos históricos empíricos y seguía un método inductivo. Contemplaba a los individuos agrupados en naciones, guiados tanto por intereses de grupo como personales. Por consiguiente, era partidario del intervencionismo estatal en la economía, guiado por intereses nacionales.³ Aunque ambos, Menger y Schmoller, admitían la importancia tanto de la teoría como de los estudios empíricos en economía, deferían en cuanto al papel y el peso asignados a una y otros para el desarrollo de conclusiones y propuestas de política económica (véase [Fusfeld, 1987](#)).

Además de mantener posiciones teóricas similares a los personajes de la Escuela Histórica Alemana,⁴ es un hecho interesante que Polanyi retomara al propio Menger para estructurar sus argumentos, pero en una obra que ha sido dejada de lado por sus seguidores. Se trata de la segunda edición de *Principios de economía política*, publicada póstumamente por su hijo en 1923, sobre la que volveré más adelante.

Las reflexiones críticas de Polanyi sobre la teoría económica pueden rastrearse tanto en sus textos más conocidos como en publicaciones de menor resonancia, e incluso en documentos de archivo descubiertos por estudiosos de Polanyi posterior a su muerte. Sin embargo, para los fines del presente trabajo, los textos de Polanyi más pertinentes para comprender su crítica al marginalismo son, a mi juicio, el libro póstumo titulado *El sustento del hombre*, de 1977; el libro colectivo titulado *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, publicado en 1957, y *La gran transformación*, aparecida en 1944. En estos textos encontra-

3 Véase [Grimmer-Solem \(2003\)](#), en particular los capítulos 1 y 7, “What was the historical school? A critical reassessment” y “From science of reform to the reform of social science: *The Methodenstreit*” respectivamente.

4 Dale (2010, p. 101 ss) explica que los propios miembros de la Escuela Histórica Alemana se encontraban divididos con relación a una cuestión: la naturaleza del valor económico. La mayoría admitía la interpretación marginalista y una minoría sostenía la concepción ricardiana del valor-trabajo. Polanyi se alineó con la mayoría, que en particular simpatizaba con el individualismo subjetivo de Menger, aunque compartía las críticas de Oppenheimer y Schumpeter al marginalismo, en el sentido de que la economía sola era insuficiente para explicar las complejidades del comportamiento humano. Sobre Schmoller, Weber y Schumpeter véase [Shionoya \(2005\)](#), en especial los capítulos 1 y 2, “Rational reconstruction of the German Historical School: An overview” y “A methodological appraisal of Schmoller’s research program” respectivamente.

mos los grandes temas que constituyen los pilares fundamentales de la crítica de Polanyi a la teoría económica neoclásica, aunque también aparecen sus cuestionamientos al paradigma económico marxiano.

Debido a su estilo de trabajo y a las condiciones en que éste se fue desarrollando, en las obras arriba mencionadas el autor discute una y otra vez los mismos temas y reaparecen sus autores clave. Ciertamente hay repeticiones, pero también reelaboraciones y reconsideraciones, como podremos observar en las siguientes páginas, en las que analizaremos cuidadosamente los textos seleccionados, de acuerdo con el siguiente procedimiento. Tomaremos como eje el libro *El sustento del hombre* y los temas ahí abordados se complementarán con sus planteamientos expuestos en las demás obras, tratando de eliminar repeticiones y destacar modificaciones o variaciones sobre cada uno de los temas de interés. La razón para tomar como eje dicho libro es que, además de ser en el que con mayor extensión Polanyi desarrolla sus ideas sobre teoría económica, es representativo el hecho de que en el título mismo de la obra queda magistralmente sintetizada la idea principal del autor: la economía es la actividad social que busca asegurar el sustento de los seres humanos y la ciencia económica debe ser, por tanto, la ciencia que explique y haga comprensible esta colosal empresa, de acuerdo con sus especificidades de tiempo y lugar.

El sustento del hombre, un texto que no llegó a publicar en vida Polanyi, pero que a juicio del editor, Harry W. Pearson, existían suficientes materiales para su aparición, inicia con la parte titulada: “El lugar de la economía en la sociedad”, la cual se divide en dos partes. La primera discute conceptos y teoría. La segunda, titulada “Instituciones”, comprende a su vez tres partes: el origen de las transacciones económicas de la sociedad tribal a la arcaica, la tríada cataláctica: comercio, dinero y mercados, y, finalmente, el comercio, los mercados y el dinero en la antigua Grecia.

A lo largo de todo el texto, el autor trata de demostrar que en la historia han hecho su aparición de manera separada el comercio, los mercados y el dinero, para refutar la idea de que de la existencia de intercambios comerciales se puede deducir lógicamente la existencia de mercados y de dinero, como lo hace la teoría económica convencional; en otras palabras, se piensa que comercio y dinero sólo son meras funciones del mercado, lo cual únicamente es cierto en economías de mercado. De hecho, desde la página 119 a la 371 se echa mano de la historia para demostrar cómo desde la sociedad tribal hasta la antigua Grecia, pasando por las culturas de Mesopotamia y de Egipto, la economía siempre estuvo incrustada en

la sociedad. Paralelamente, el autor demostrará que lo que actualmente “parecen únicas y fatales encrucijadas —libertad contra burocracia, planificación contra métodos de mercado— se reconocen como variantes típicas de situaciones humanas recurrentes” (Polanyi, 1994, p. 57).

Con esta obra Polanyi perseguía que la historia económica universal se convirtiera “en el punto de partida de un replanteamiento comprensivo del problema del sustento del hombre” (Polanyi, 1994, p. 55). Asimismo, con ella, el autor continuaba la investigación iniciada con *La gran transformación*, “cuya conclusión implicaba que para obtener una visión más realista del lugar ocupado por la economía en la sociedad humana, es necesario que la historia económica general se asiente sobre bases conceptuales más amplias” (p. 55). Debe subrayarse que ya desde las primeras páginas del prólogo el autor deja clara la esencia de su crítica a la teoría económica convencional, pues enfatiza: “el uso del término ‘económico’ parece estar maldito por las ambigüedades que presenta. La teoría económica le ha investido de una connotación temporal que resulta inútil fuera de los estrechos límites de nuestras sociedades dominadas por el mercado. Términos como oferta, demanda, precios, deberían reemplazarse por otros más amplios, tales como recursos, requisitos y equivalencias. El historiador podría entonces comparar las instituciones económicas de los diferentes periodos y regiones sin correr el peligro de atribuir a los hechos la forma mercantil de las cosas” (p. 56).

Antes de enfocarnos en las pocas pero importantes páginas dedicadas a la discusión conceptual y teórica, que son las más interesantes para los fines del presente trabajo, quisiera destacar que ya el título mismo de la obra revela una idea fundamental: entender la ciencia económica no como una suerte de lógica que maximiza ciertas variables en condiciones de escasez, sino como la ciencia que explica cómo las sociedades humanas han resuelto el problema de asegurar su sustento.

Es por ello que en las páginas destinadas a la introducción Polanyi deja claro que: “el problema del sustento material del hombre debe ser reconsiderado en su totalidad” (Polanyi, 1994, p. 59). En particular, el autor sostiene que el origen de una inadecuada comprensión de la naturaleza de la economía del hombre son los conceptos erróneos “que yacen en la filosofía social de nuestra época y que se refieren al lugar ocupado por la economía en la sociedad” (p. 59), pues aunque “es esencial que cada sociedad tenga un tipo u otro de economía, esta puede relacionarse con el resto de esa sociedad de muy diferentes maneras” (p. 61). El no concebir otra forma de esta relación, sino sólo la propia de la economía de mercado y únicamente mirar los rasgos puramente

contingentes y transitorios de la economía real, cerrando los ojos a los duraderos y permanentes, es lo que el autor llama “obsoleta mentalidad de mercado” (p. 63) y contra ella es que lanza su ataque. Advirtiendo que: “la postura más correcta es tener cuidado ante las generalizaciones abstractas en cuestiones económicas, ya que tienden a oscurecer y simplificar la trama de situaciones reales, cuando son estas últimas las únicas que deben importarnos” (p. 64).

Entre estas situaciones reales recuerda el autor dos acontecimientos cruciales ocurridos en el siglo XIX, que constituyen el objeto de estudio de *La gran transformación*, a saber, la era de las máquinas que funcionan mediante una fuerza distinta a la del hombre o los animales y el sistema de mercado. La era de las máquinas la equipara Polanyi, por su importancia histórica, con otras dos eras: la neolítica y la de la agricultura y el arado. Además, lo fundamental es que la máquina creó una nueva civilización, la civilización industrial, que “ha cambiado la sensación de nuestro contacto con la naturaleza y, lo que es más importante, ha creado nuevas relaciones interpersonales que reflejan fuerzas físicas y mentales capaces de autodestruir la raza humana” (Polanyi, 1994, p. 65).

De hecho, las breves páginas de la introducción encierran ideas que van mucho más allá de lo estrictamente económico, llegando a presentar preocupaciones de orden filosófico y moral. Por ejemplo, cuando el autor apunta que: “la industrialización fue un compromiso, nada fácil, entre el hombre y la máquina en el cual el hombre se perdió y la máquina encontró su camino” (Polanyi, 1994, p. 68), o bien cuando reflexionando sobre el uso de la energía nuclear y los conflictos internacionales después de la Segunda Guerra Mundial, asevera el autor que debe presentarse un cambio creativo que asegure la coexistencia y que “el progreso económico y el bienestar ya no serán los fines supremos del hombre, sino que su lugar será ocupado por la paz y la libertad” (p. 61).

Volviendo a la discusión estrictamente económica, la introducción cierra con los planteamientos resumidos a continuación.

1. Es insostenible la “idea de que la raíz de las instituciones del comercio, del dinero, e incluso de las de mercado fueron actos individuales de intercambio” (Polanyi, 1994, p. 69).
2. Es un “prejuicio suponer que en todo desarrollo el espécimen más pequeño sea necesariamente anterior al de mayor tamaño” (Polanyi, 1994, p. 70). Complementariamente, apunta Polanyi que además “del crecimiento continuo a partir de lo pequeño, existe también un modelo muy diferente, a saber: el del desarrollo discontinuo partiendo de elementos anteriormente inconexos” (p. 70).

3. Los “llamados planteamientos idealista y materialista de la historia no aparecen opuestos, sino más bien como el resultado de dos fases diferentes del proceso total. El idealista (...) expresa el hecho de que las ideas y pensamientos humanos juegan un papel decisivo en el origen de las instituciones y en los giros de la historia. El materialista recalca que los factores objetivos condicionan la expansión de esas ideas y pensamientos” (Polanyi, 1994, p. 71).
4. “La historia de la humanidad y el lugar que en ella ocupa la economía, no es (...) una secuencia de crecimiento inconsciente y de continuidad orgánica” (Polanyi, 1994, p. 71).
5. La “tarea teórica consiste en establecer el estudio del sustento del hombre a partir de amplios fundamentos históricos e institucionales. El método a utilizar viene dado por la interdependencia entre la razón y la experiencia” (Polanyi, 1994, p. 71).

Al abordar la discusión conceptual y teórica, Polanyi divide su planteamiento en tres partes, tituladas respectivamente: la falacia económica, el doble significado del término económico y formas de integración y estructuras de apoyo. Comencemos por la primera.

2. LA FALACIA ECONÓMICA

Después de una breve introducción al tema, el autor aborda éste en cuatro partes: la economía y el mercado, la transformación económica, el racionalismo económico y el solipsismo económico.

En las líneas iniciales advierte Polanyi que para lograr una visión más acorde con la realidad del problema del sustento del hombre debe enfrentarse un tremendo obstáculo, consistente en “un arraigado hábito de pensamiento propio de las condiciones de vida de ese tipo de economía que creó el siglo diecinueve en todas las sociedades industrializadas, personificado en la mentalidad de mercado” (Polanyi, 1994, p. 77). Consecuentemente, su propósito será indicar las falacias derivadas de dicha mentalidad de mercado y, además, explicar por qué estas falacias han influido negativamente en el pensamiento de las personas.

El error del que emana la falacia a discutir consiste en “igualar la economía humana general con su forma de mercado” (Polanyi, 1994, p. 78), lo cual vino facilitado por la ambigüedad básica del término económico, discutido posteriormente. La falacia consiste en lo siguiente: “el aspecto físico de las necesidades del hombre forma parte de la condición humana; ninguna sociedad puede existir si no posee algún tipo sustantivo de economía. Por otra parte, el mecanismo oferta-demanda-precio (al que popularmente se denomina mercado), es una institución rela-

tivamente moderna con una estructura específica, que no resulta fácil de establecer ni de mantener. Reducir la esfera del género económico, específicamente, a los fenómenos del mercado es borrar de la escena la mayor parte de la historia del hombre. Por otro lado, ampliar el concepto de mercado a todos los fenómenos económicos es atribuir artificialmente a todas las cuestiones económicas las características peculiares que acompañan al fenómeno del mercado” (p. 78).

A continuación el autor articula su crítica a la falacia enunciada, en los cuatro momentos arriba señalados, comenzando por discutir la economía y el mercado. De inicio precisa Polanyi que el concepto de economía apareció con los fisiócratas al mismo tiempo que lo hacía la institución del mercado, entendido como mecanismo de oferta-demanda-precio. Lo nuevo era la interdependencia de precios fluctuantes, resultado de la expansión del comercio hacia el interior de la vida cotidiana. Anteriormente y por mucho tiempo, lo usual era la estabilidad de los precios, los cuales, además de que no formaban un sistema propio, quedaban restringidos al comercio y las finanzas, pues la mayor parte de la economía era rural y sin comercio. La economía en su nuevo sentido nacería no sólo de la infiltración del comercio en la vida diaria, sino de una serie de desarrollos institucionales posteriores, a saber: 1) la penetración del comercio exterior en los mercados locales, hasta entonces controlados, los transforma gradualmente en mercados formadores de precios con fluctuaciones libres; 2) formación de mercados con precios fluctuantes para la fuerza de trabajo y la tierra; 3) los salarios (precio de la fuerza de trabajo), los precios de los alimentos y la renta de la tierra empezaron a ser interdependientes, esta interdependencia creó la idea de una realidad sustantiva antes desconocida; 4) esta realidad era la economía (Polanyi, 1994, p. 79). Su estudio (la economía política fundada por Smith) se basa en el reconocimiento “de la riqueza de las naciones como una integración de las diversas manifestaciones de un sistema subyacente de mercado”, donde la tendencia hacia la interdependencia de los diferentes tipos de precios resulta de la interacción de mercados competitivos (formadores de precios).

Aquí enfatiza Polanyi el hecho de que François Quesnay y Adam Smith ciertamente partieron de la economía de mercado para descubrir la economía, pero de hecho su descubrimiento iba más allá de la economía de mercado, si bien sus intereses no se enfocaron hacia la universalidad de la economía, sino hacia la especificidad del mercado. No podían pensar en una esfera económica separada de la sociedad, pero le atribuyeron a la economía (en general) las características del mercado (algo particu-

lar). Asimismo, el concepto de excedente, derivado de la contabilidad del terrateniente, lo llama Polanyi un “simple fantasma en el proceso entre el hombre y la naturaleza, del cual la economía es un aspecto” (Polanyi, 1994, p. 80). Y aunque comprensible, viene a ser una falacia identificar los fenómenos económicos con los fenómenos de mercado y, más importante aún, que del mecanismo oferta-demanda-precio se derivó la idea de “ley económica”. En consecuencia, en el lapso de una generación (de 1815 a 1845) el mercado formador de precios llegó a organizar a toda la sociedad en términos de cantidades de materias primas comercializables con fines a la obtención de beneficios, con el resultado de que “la ficción mercantil aplicada al trabajo y a la tierra transformó la esencia misma de la sociedad humana” (p. 81). Con ello se llega a la plena identificación de la economía con el mercado; y con la absorción de la sociedad por parte de la economía de mercado nace la sociedad de mercado.⁵

La trascendencia de lo anterior consistió en que a partir de un planteamiento económico basado en un error teórico se articula una ideología (una filosofía de la vida diaria, en palabras de Polanyi) que busca organizar toda la vida de acuerdo con criterios de conducta “razonables” y una moralidad práctica, es decir, una cultura completa que incluía determinada imagen del hombre, de su sociedad y de sus relaciones con la naturaleza. Lo que había sido sólo una ligera expansión de mercados aislados se convirtió en un sistema de mercado autorregulado y esto representó una violenta ruptura con las condiciones anteriores. De ahí que el autor tittle “la transformación económica” al siguiente paso en su crítica.

En esta transformación el punto clave fue la transformación de la tierra y el trabajo en mercancías, es decir, “se trataron *como si* hubieran sido creados para la venta” (Polanyi, 1994, p. 82).⁶ Esto era erróneo, puesto

5 Dale (2016) llama la atención sobre la ambigüedad de Polanyi en el uso de los conceptos “economía de mercado” y “sociedad de mercado”. Esto se explica, según este especialista, por el hecho de que Polanyi no se caracterizó por ser un pensador sistemático. Lo cual, asimismo, ha permitido el surgimiento de muy variadas y hasta contrastantes interpretaciones de Polanyi.

6 La transformación de la mano de obra, de la tierra y del dinero en mercancías es el tema central de *La gran transformación*, el cual se desarrolla en la segunda parte de este libro bajo el título “Ascenso y declinación de la economía de mercado”. La problemática de dichas transformaciones se aborda, por una parte, bajo el concepto de *mercancías ficticias* que caen en el “molino satánico” del mercado autorregulado y, por otra parte, desde la perspectiva de la autoprotección de la sociedad, que constituye un contramovimiento frente al movimiento autoexpansivo del mercado autorregulado.

que la tierra no había sido producida y el trabajo no podía ponerse a la venta. No obstante lo anterior, se impuso la ficción: la tierra y el trabajo se vendían libremente y se sometían al mecanismo del mercado. La trascendencia de esta transformación solamente se comprende si se tiene presente que “el trabajo es otra forma de llamar al hombre, así como la tierra es sinónimo de naturaleza” (p. 83). En consecuencia, el destino del hombre y de la naturaleza quedó en manos de un autómatas que gobernaba de acuerdo con sus propias leyes y respondía sólo a dos incentivos: el temor al hambre por parte del obrero y el insaciable deseo de ganancias por parte del patrón. Con ello se “deformó la comprensión del hombre occidental de sí mismo y de la sociedad” (p. 83).

En contra de la reduccionista visión antes mencionada, recuerda el autor que en la historia se observa que “los seres humanos trabajan por una variedad de razones en tanto que forman parte de un grupo social definido” (Polanyi, 1994, p. 83). Se puede comerciar por motivos religiosos o estéticos, por cuestiones de honor, para servir al poder y la gloria, o simplemente por obedecer las costumbres y tradiciones. De ahí que la imagen de un hombre regido solamente por incentivos materialistas, creada a partir de la sociedad europea del siglo XIX, resultaba totalmente arbitraria.

De manera congruente con lo anterior, se impuso la idea de que las instituciones de la sociedad estaban “determinadas” por el sistema económico, lo cual ocurre así en una economía de mercado, pero no en otras economías y sociedades. Sin embargo, dado que todas las actividades humanas requieren de instrumentos, instalaciones y demás objetos materiales para su realización, se llegó a la conclusión de que “así como el hombre «económico» era el hombre «real» el sistema económico era «realmente» la sociedad” (Polanyi, 1994, p. 85).⁷

A partir de lo anterior, apunta Polanyi, parece ser que “la *Weltanschauung* económica contenía es sus dos postulados de racionalismo y atomismo todo lo que era necesario para sentar las bases de una sociedad de mercado” (Polanyi, 1994, p. 85) En otras palabras, se consideraba a la sociedad como un conjunto de individuos (átomos), que desplegaban acciones “racionales” para maximizar su bienestar. Por su parte, la “acción racional”, que no es otra cosa más que la relación de

7 Sorprende aquí el determinismo económico del autor, mismo que no se encuentra en Karl Marx, quien en el conocido *Prólogo a la contribución a la crítica de la economía política* (1859) afirma: “el modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general”. La palabra que usa Marx en alemán es *bedingt* (condiciona) y no *bestimmt* (determina).

los fines con los medios, supone, como racionalidad económica, que los medios son escasos, pero de ninguna manera aclara cuáles son los fines dignos de ser perseguidos ni cómo deberían elegirse los medios. El racionalismo económico, sostiene Polanyi, no puede responder estas preguntas, porque ellas implican motivaciones y valoraciones morales que con mucho van más allá de la idea de “economizar”.

Ante estas debilidades, para mantener una aparente unidad, se agregaron dos significados de lo racional. Respecto a los fines, se sostuvo que “racional era una escala de valores utilitaria; en cuanto a los medios, la ciencia aplicó una escala de comprobación de los rendimientos” (Polanyi, 1994, p. 85). Con dicha escala se dejaban fuera a la estética, la ética y la filosofía, lo mismo que a la magia, la superstición y la ignorancia. La crítica del autor en este aspecto puede resumirse con sus propias palabras: “(...) la variante económica del racionalismo introduce el elemento escasez dentro de todas las relaciones medios-fines; aún más, propone como racional, en cuanto a los fines y los medios en sí mismos, dos escalas de valores diferentes que resultan estar peculiarmente adaptadas a las situaciones de mercado, pero que de otro modo no tienen un propósito universal que les permita denominarse racionales” (p. 86). De esta manera, el racionalismo económico valida una cultura económica sustentada en una aparente rigurosa lógica, a la vez que sirve de fundamento a toda una filosofía social, que pretende, sin éxito, reducir toda la riqueza y profundidad de la existencia humana al esquema referencial del mercado. Sin éxito, aclara el autor, porque los individuos tienen personalidades y la sociedad tiene historia, porque personalidad quiere decir experiencia, educación, pasión, riesgo, fe y creencias, porque historia significa “lucha y engaño, victoria y redención” (p. 86).⁸

Dentro de la mentalidad de mercado, criticada por Polanyi, resalta el solipsismo económico como uno de sus rasgos más destacados, al que dedica las páginas finales del capítulo que estamos siguiendo.

La idea era que la acción “económica” era natural al ser humano y, por tanto, autoexplicativa. La tendencia natural de los seres humanos era hacer trueques, por lo que automáticamente surgirían los mercados y el comercio fluiría creando fuentes de bienes organizadas en mercados, a menos que los gobiernos conspiraran para evitarlo. La agilización del intercambio daría origen al dinero. Esta visión bloqueó cualquier plan-

⁸ Aclara Polanyi que esta visión no aparece expuesta de manera completa por ningún autor, sino fragmentariamente postulada por varios de ellos, como Jeremy Bentham, Herbert Spencer y Ludwig von Mises. Ellos fundaron un mito que “representó el triunfo del racionalismo económico y el eclipse del pensamiento político” (Polanyi, 1994, p. 87).

teamiento de una economía que no estuviera fundada en el mecanismo oferta-demanda-precio, pero también eclipsó la política, descalificó cualquier reivindicación moral de la acción política y “tuvo un efecto más confuso en los aspectos morales de la filosofía de la historia” (Polanyi, 1994, p. 88). Esto impidió una comprensión correcta de la historia antigua y generó un concepto insulso de justicia, ley y libertad, como valores institucionalizados. En suma, el solipsismo económico “se olvidó del temprano papel del Estado en la vida económica” (p. 90). Pero también la “absorción de la economía por los conceptos mercantiles fue tan total que ninguna de las disciplinas sociales pudo escapar a sus efectos. Imperceptiblemente, todas ellas se convirtieron en baluartes de los modos de pensamiento económicos” (p. 90).⁹

3. LAS DOS DEFINICIONES DE LO ECONÓMICO: FORMAL Y SUSTANTIVA

En el segundo y siguiente capítulo de *El sustento del hombre*, Polanyi profundiza en algunos de los argumentos presentados inicialmente, en particular se enfoca a discutir dos definiciones del término económico: una formal y otra sustantiva. En el inciso dos de dicho capítulo centra su atención en Menger, quien en 1870 hace una distinción entre la definición sustantiva de lo económico y aquella que sólo se refería a la escasez. En el tercer inciso destaca la falacia de la escasez y la elección relativa, para discutir en el cuarto los temas de escasez e insuficiencia y concluir en el quinto inciso planteando su propia propuesta de lo que entiende como economía sustantiva. Veamos a continuación con mayor detalle cada uno de los puntos antes mencionados.

De entrada precisa el autor que el término económico conlleva dos significados con raíces distintas e independientes. Al primero de ellos lo llama “formal” y al segundo lo denomina “sustantivo”. El significado formal proviene de la relación lógica entre medios y fines, en el sentido de economizar o ahorrar (o minimizar) y de ahí procede la definición del término económico en términos de escasez. Por su parte, el significado sustantivo proviene del “hecho elemental de que los seres humanos, como cualquier ser viviente, no pueden subsistir sin un entorno físico que les sustente” (Polanyi, 1994, p. 91). Además, ambos significados no tienen nada en común.

⁹ Sobre la consolidación de la economía como ejemplo para las demás ciencias sociales y la colonización de las ciencias sociales por parte de la economía véase Wallerstein (2004 y 2006), así como Fine (1999).

El “significado substantivo nace de la patente dependencia del hombre de la naturaleza y de sus semejantes para lograr su sustento, porque el hombre sobrevive mediante una interacción institucionalizada entre él mismo y su ambiente natural. Ese proceso es la economía, que le proporciona los medios para satisfacer sus necesidades materiales” (Polanyi, 1994, p. 92). A continuación agrega el autor algo digno de tomarse en cuenta. Apunta que la economía no debe restringirse al ámbito de las necesidades de comida y habitación, sino que las necesidades son de muy variada naturaleza, yendo más allá de lo meramente corporal, lo que reviste una naturaleza material son los medios para satisfacer tan variadas necesidades, por ejemplo, de carácter educativo, militar o religioso. Como las necesidades se satisfacen con objetos materiales, “la referencia siempre es la economía. *Económico* denota aquí simplemente «algo que se refiere al proceso de satisfacer las necesidades materiales». Estudiar los medios de sustento del hombre es estudiar la economía en el sentido substantivo del término, y ése es el sentido que se va a dar al término económico a lo largo de todo este libro” (p. 92). Es claro para el lector atento el desliz en el que incurre Polanyi en estas líneas, pues acaba de enfatizar que lo material no son las necesidades, sino los objetos que las satisfacen y aquí escribe “satisfacer las necesidades materiales”. De acuerdo con el propio autor, sería más preciso decir que económico se refiere al proceso de satisfacer con objetos materiales las necesidades de distinto tipo que existen en una sociedad.

Por otro lado, el significado formal, objeto de la crítica de Polanyi, parte de la relación medios-fines, que en realidad es un concepto universal “cuyos referentes no pertenecen a ningún campo concreto de interés humano” (Polanyi, 1994, p. 92). Esto es evidente al pensar que es muy usual que cualquier persona busque maximizar los resultados al aplicar los medios a su alcance, lo mismo el ama de casa en el hogar, que el general en el campo de batalla, el piadoso creyente en sus oraciones y actos caritativos, al igual que el artista al aplicar su talento de manera creativa. Como a los términos lógicos o matemáticos de este tipo se les llama formales, el autor adopta el adjetivo para aplicarlo a la definición de economía que está criticando.

La fusión de estos dos significados en uno solo encuentra justificación exclusivamente en un sistema de mercado, pero es inadmisibles pretender que posee validez universal. El hacerlo así impide reconocer la falacia económica anteriormente señalada y que “consiste en una tendencia a identificar la economía humana con su forma de mercado. Y para eliminar esa tendencia se necesita una aclaración radical del sig-

nificado de la palabra *económico*. [Lo cual] tampoco se puede lograr a menos que se elimine la ambigüedad y se establezcan por separado el significado formal y el sustantivo del término” (Polanyi, 1994, p. 93). En suma, para romper la falacia, hay que separar ambos significados del término económico.

La relevancia de esta tarea queda de manifiesto al reconocer lo que llama el autor “la más controvertida figura mitológica moderna: el hombre económico” (Polanyi, 1994, p. 93), cuya creación se ha debatido en casi todos los terrenos —psicológico, moral y metodológico—, pero sin llegar a preguntarse “a cuál de los dos significados de lo económico, el formal o el sustantivo, representaba el hombre económico” (p. 93).

Al llegar a este punto, Polanyi recurre a Menger, junto con Leon Walras y W. Stanley Jevons, uno de los fundadores de la economía neoclásica o marginalista. Según Polanyi, en sus *Principios de economía política* (1871) distinguió entre la definición substantiva de lo económico y aquella referida a la escasez, pero planteó que “el interés concreto de la economía era la alocaión de medios insuficientes para la subsistencia del hombre” (Polanyi, 1994, p. 94), con lo que en Menger se encuentra la primera manifestación del postulado de la escasez o la maximización. Pero, dado que conocía las principales características económicas de las sociedades primitivas, arcaicas y otras que hoy se llamarían subdesarrolladas, nunca pretendió aplicar sus principios más allá de la moderna economía de intercambio.

Polanyi sostiene que Menger consideraba que su obra no estaba completa, por lo que abandonó su cátedra en la Universidad de Viena y dedicó medio siglo de su vida a estudiar sociedades “atrasadas”, dejando un manuscrito reelaborado una y otra vez que se publicó póstumamente (Menger, 1923). Este texto, que no ha sido valorado por los marginalistas ortodoxos, hace una clara “distinción entre la economía de intercambio o de mercado por un lado, para la cual fueron concebidos los *Principios*, y la economía sin mercado o ‘atrasadas’ por otro” (Polanyi, 1994, p. 94). La edición póstuma de 1923 agrega cuatro nuevos capítulos que resultan de particular relevancia para Polanyi, pues en ellos Menger explicaba que “la economía tiene *dos* ‘vertientes elementales’, una de las cuales era la vertiente economizadora que nacía de la insuficiencia de medios, mientras que la *otra* era la vertiente ‘tecnoeconómica’, como él la llamó, derivada de las necesidades físicas de la producción independientemente de la suficiencia o insuficiencia de medios” (p. 95).¹⁰

¹⁰ Aquí inserta Polanyi una larga cita de la edición en alemán de 1923. Como la edición en alemán es de difícil acceso, vale la pena revisar las citas de Polanyi.

A diferencia de Polanyi, los seguidores de Menger han descartado estas reflexiones y ninguno de ellos habla de las dos vertientes señaladas por el maestro, de tal suerte que la economía neoclásica se cimentó a partir sólo del significado economizador o formal de lo económico, dejando descartado el significado de materialidad que no estaba necesariamente unido a la escasez, de tal suerte que “el viejo significado, substantivo o material, desapareció de la conciencia y perdió su identidad para el pensamiento económico” (Polanyi, 1994, p. 96).¹¹

11 En la primera edición de *Principios de economía política* (1871), Menger escribe al inicio del capítulo II, “Economía y bienestar económico”: “doquiera dirigimos nuestra mirada, vemos que los pueblos de avanzada cultura han puesto en marcha un sistema de amplias provisiones para la satisfacción de las necesidades humanas” (p. 70). Más adelante, el autor precisa que la “actividad previsora de los hombres encauzada hacia la satisfacción de sus necesidades se apoya en el conocimiento de dos magnitudes: a) la cantidad de bienes necesarios para satisfacer las necesidades durante cierto periodo y b) las cantidades de bienes disponibles para el objetivo apuntado” (p. 71). En las páginas siguientes se continúa hablando de “la actividad emprendida por los hombres para la satisfacción de sus necesidades para el futuro” (p. 74), sin embargo, la palabra *economía* aparecerá en la tercera sección, “El origen de la economía humana y de los bienes económicos”, del mismo capítulo II, donde queda claro que Menger define a la economía como la actividad humana encaminada a la consecución de dos fines. Uno es: “hacer una elección entre las necesidades más importantes, que satisfacen con las cantidades de bienes de que disponen, y aquellas otras que tienen que resignarse a dejar insatisfechas” (p. 84). El segundo fin consiste en “alcanzar con una cantidad parcial dada dentro de la relación cuantitativa de bienes, y mediante un empleo racional, el mayor éxito posible, o bien, un éxito determinado con la menor cantidad posible” (p. 84).

Unas páginas después, Menger apunta que “la economía humana y la propiedad tienen un mismo y común origen económico, ya que ambas se fundamentan, en definitiva, en el hecho de que la cantidad disponible de algunos bienes es inferior a la necesidad humana” (pp. 86-87). Por el contrario, cuando ocurre la situación inversa, el autor habla de “bienes no económicos” (pp. 87-88). Por lo tanto, en este caso para Menger no existe actividad económica (p. 88). (Las citas proceden de la edición en español, véase Menger, 1996). Sobre la segunda edición de los *Principios* de Menger, de 1923, véase el video de Giandomenica Becchio, disponible en: <www.youtube.com/watch?v=iS-vRJwuE>, así como de la misma autora “Carl Menger and the second edition of his *Principles*”, disponible en: <www.academia.edu/575563/Carl_Menger_and_the_Second_Edition_of_His_Principles> y “Social needs, social goods, and human associations in the second edition of Carl Menger’s *Principles*”, disponible en: <http://iris.unito.it/retrieve/handle/2318/146825/66844/POSTprint_hope.pdf>. La especialista en la obra de Menger explica que las diferencias principales entre la segunda edición y la primera se encuentran en el capítulo I, sobre las necesidades humanas, y en la segunda mitad del capítulo IV, sobre los dos significados del término “económico”. Esta autora hace una crítica a la interpretación que hace Polanyi de la segunda edición de la obra de Menger. A su juicio, Polanyi se equivoca al sostener que el propósito de Menger era resaltar la importancia del significado objetivo de lo económico y disminuir el subjetivo, y que ambos significados no son opuestos, como supone Polanyi. Además, agrega Becchio, que Polanyi, siguiendo a Marx y a Weber, considera a la economía como un subsistema de la sociedad como un todo, idea por completo ajena a Menger (véase Becchio, 2011).

La distinción entre las dos acepciones del término “económico” es también objeto de reflexión en el esfuerzo por comprender la economía como una actividad institucionalizada, que forma parte del proyecto colectivo encabezado por Polanyi, cuyos resultados aparecen bajo el título de *Comercio y mercado en los imperios antiguos*. En este libro, Polanyi aporta un texto titulado “La economía como actividad institucionalizada” y cuyo propósito es “determinar el significado que se le ha de atribuir al término *económico* en todas las ciencias sociales” (Polanyi, 1976, p. 289). Para ello, en primer lugar, aclara el autor que dicho concepto es una mezcla de dos significados. Uno que él llama real y otro formal. Explica que el significado real “deriva de la dependencia en que se encuentra el hombre respecto a la naturaleza y a sus semejantes para conseguir el sustento. Se refiere al intercambio con el entorno natural y social, en la medida en que es esta actividad la que proporciona los medios para satisfacer las necesidades materiales” (p. 289). Por otra parte, el “significado formal deriva del carácter lógico de la relación medios-fines, evidente en palabras como *economización*. Se refiere a la elección entre los usos diferentes de los medios, dada la insuficiencia de estos medios, es decir, a la elección entre utilizaciones alternativas de recursos escasos” (p. 289).

Es importante destacar que, a juicio del autor, los dos significados, real y formal, de lo *económico* no sólo son por completo diferentes, sino que no tienen nada en común, pues el primero proviene de hechos empíricos y el segundo tiene su origen en la lógica. Este último implica una serie de normas para realizar una elección entre los usos alternativos de medios escasos, mientras que el primero no implica necesariamente elección ni escasez de recursos.

De estos dos significados, sostiene el autor que únicamente el real sirve para construir los conceptos que requieren las ciencias sociales para estudiar todas las economías pasadas o presentes, no sólo la economía de mercado. De ahí la necesidad de crear conciencia sobre la fusión de los dos significados de lo económico, el de “subsistencia” y el de “escasez”, dejando atrás la ingenua confusión entre ambos, que se originó por circunstancias accidentales. Éstas fueron las que dieron origen al capitalismo industrial en Europa occidental y en Norteamérica, que en esencia consistía en una economía regida por un sistema de mercados creadores de precios. En este sistema los participantes realizan sus elecciones constreñidos por la escasez de los recursos. Esto permitía reducir el sistema a un modelo para aplicar los métodos basados en el significado formal de lo económico. Por consiguiente,

en este caso, los significados formal y real de lo económico coincidían. Todos los autores importantes en ciencias sociales aceptaron este hecho y sólo Menger, en su obra póstuma, mantuvo una posición crítica al respecto. La importancia de esta distinción se aprecia al considerar que tal coincidencia solamente era válida en economía, pero no así en otras disciplinas, como la antropología, la sociología o la historia. Los estudiosos de estas disciplinas, interesados en el lugar ocupado por la economía en la sociedad, se enfrentaban a una constelación de instituciones “ajenas a los mercados, en las que estaba integrada la actividad económica del hombre” (Polanyi, 1976, p. 291).

Una vez expuesto el problema, el autor pasa a discutir con mayor detalle las concepciones que derivan de cada uno de los significados arriba apuntados sobre lo económico, lo cual posibilitaría el estudio de distintas economías de acuerdo con su correspondiente forma de institucionalización de la actividad económica. En particular, al autor le interesará, sobre la base de la precisión conceptual arriba apuntada, abordar el estudio del comercio, el dinero y el mercado, para demostrar la pertinencia de su propuesta metodológica.

En primer lugar, Polanyi discute el significado formal de lo “económico”, explicando cómo la lógica de la acción racional conduce a una economía formal, que sienta las bases del análisis económico.

El autor deja claro que el adjetivo racional no se aplica ni a los fines ni a los medios, sino sólo a la relación entre unos y otros. De manera que la lógica de la acción racional se puede aplicar a todos los medios y fines imaginables y, por tanto, a todos los campos de las actividades humanas, como lo muestran varios ejemplos presentados por Polanyi. Por otra parte, solamente en ciertas circunstancias la elección es consecuencia de la escasez de medios, y cuando se adopta este supuesto entonces “la lógica de la acción racional se convierte en la variante de la teoría de la elección que hemos llamado economía formal” (Polanyi, 1976, p. 292). En esta economía es fundamental el postulado de la escasez, que supone que los medios son escasos y que debido a ello es necesaria la elección. Además, “para que dé lugar a una necesidad de elección los medios han de tener diversos usos y ha de existir una gradación de fines” (p. 292), pero ambas condiciones son aleatorias. Con lo anterior queda claro que puede haber elección de medios sin escasez y escasez de medios sin elección. Incluso puede suceder que una elección deba ser tomada no por la escasez, sino por la abundancia de medios, por ejemplo, en una encrucijada desde donde parten múltiples senderos. Por otra parte, en la realidad, hay sociedades donde son excepcionales las situaciones de escasez, mientras que en otras son la regla.

Cuando se aplica la economía formal a las actividades económicas propias del sistema de mercado tenemos el análisis económico. En este caso, la economía está “encarnada en instituciones que hacen que las elecciones individuales produzcan movimientos interdependientes que constituyen la actividad económica. Esto se consigue por la generalización del uso de mercados creadores de precios” (Polanyi, 1976, p. 292). Lo anterior significa que todos los bienes y servicios están disponibles en el mercado y tienen su precio. A la vez que todos los ingresos provienen de la venta de bienes o servicios. Aquí ocurre que la “introducción general del poder de compra como el medio de adquisición convierte el proceso de satisfacción de necesidades en una asignación de recursos escasos con usos alternativos (el dinero)” (p. 293).

Polanyi llama elementos económicos a todos los componentes de la actividad económica, que pueden ser “ecológicos, tecnológicos o sociales según pertenezcan fundamentalmente al entorno natural, al equipo mecánico o a la sociedad humana” (Polanyi, 1976, p. 294). Sin embargo, la actividad económica no puede reducirse a interacciones de elementos, sean estos mecánicos, biológicos o psíquicos, sino que requiere de las condiciones sociales que determinan las motivaciones de los individuos, mismas que sustentan “la interdependencia de los movimientos y su recurrencia, necesarias para la unidad y la estabilidad de la actividad económica” (p. 295). En este punto deseo destacar que Polanyi sostiene que gracias a lo antes explicado, es decir, al aspecto institucional de la economía, las cuestiones relativas al sustento humano se consideran “un campo de gran interés práctico y de dignidad teórica y moral” (p. 295).

Es evidente en esta afirmación la impronta en Polanyi de autores como Aristóteles y el mismo Smith, que ubicaban a la economía en el ámbito de las cuestiones morales. Además, la distinción precisada por el autor, a su juicio, es lo que permite “comprender la interdependencia de la tecnología y las instituciones, así como su independencia relativa” (Polanyi, 1976, p. 295). Por su parte, la institucionalización de la actividad económica le proporciona a ésta unidad y estabilidad, crea “una estructura con una función determinada en la sociedad y modifica el lugar de la actividad económica en la sociedad, añadiendo así significación a su historia; centra el interés sobre los valores, las motivaciones y la actuación práctica” (p. 295). Todo lo cual viene a ser el contenido de la afirmación de que la economía humana es una actividad institucionalizada y que se encuentra “integrada y sumergida en instituciones de tipo económico y extraeconómico,” como son la religión o los gobiernos, por ejemplo. De ahí que el tema total para Polanyi, es decir, el “estudio del lugar

cambiante que ocupa la economía en la sociedad no es, pues, más que el análisis de cómo está institucionalizada la actividad económica en diferentes épocas y lugares” (p. 295).

Lo anterior permite detectar los límites metodológicos del análisis económico, en tanto que presenta a la economía como una serie de elecciones inducidas por situaciones de escasez, lo cual sólo es válido en un sistema de mercado. Ante estas limitaciones reivindica Polanyi la concepción real de la economía, que se apoya en un fuerte sustento empírico. Así, define a la economía empírica “como una actividad institucionalizada de interacción entre el hombre y su entorno que da lugar a un suministro continuo de medios materiales de satisfacción de necesidades” (Polanyi, 1976, p. 293). A continuación aclara el autor que la satisfacción de necesidades es “material” si exige de medios materiales para obtener sus fines.¹²

4. LA FALACIA DE LA ESCASEZ

En el tercer apartado de *El sustento del hombre*, Polanyi se enfoca en la falacia de la escasez, en los siguientes términos.

En primer lugar, interesa al autor explicar las causas de que sólo se haya tomado el término económico con referencia a la escasez, para ello propone una amplia y comprobable definición de escasez. Una situación de escasez se presenta cuando, para obtener los mejores resultados de los medios disponibles, se tiene que hacer una elección entre medios que son insuficientes. Sin embargo, aquí el autor propone detenerse a examinar en su relación mutua los términos elección, insuficiencia y escasez.

Respecto al término elección, Polanyi enfatiza que ésta puede ocurrir tanto si los medios son suficientes como si no lo son. Tal es el caso, por ejemplo, de la elección moral entre el bien y el mal. Lo mismo sucede con un viajero que al llegar al pie de una montaña tiene que elegir entre dos senderos que se abren ante sus ojos. Más bien la dificultad de la elección viene dada en estos casos no por la falta de opciones, sino por la variedad de ellas. De tal manera que la elección puede deberse tanto

¹² Una tajante distinción entre satisfactores materiales y no materiales, por una parte, y entre necesidades materiales y no materiales, por la otra, es muy cuestionable, en tanto que toda sociedad asigna valores simbólicos a las cosas. Además, no es posible precisar con claridad dónde terminan las necesidades materiales (necesidad de comer, de vestirse, de alojarse) y dónde empiezan las necesidades no materiales (espirituales o como quiera llamárseles). El ejemplo más claro lo proporciona el fenómeno de la alimentación, que en el caso de los grupos humanos es más que un proceso biológico; es un hecho cultural con claras determinaciones históricas, psicológicas, religiosas, éticas y estéticas, por lo menos.

a la abundancia como a la escasez de medios. Lo importante, entonces, para que surja una situación de escasez no solamente es que los medios sean insuficientes, sino que sea obligatorio realizar una elección. Además, explica el autor, para elegir deben darse otras dos condiciones. Una es que existan varios usos de los medios, de otra manera no habría qué elegir. La otra es una jerarquización de los fines, de otro modo no existirían razones para elegir.

Con lo anterior, la intención de Polanyi es demostrar que la insuficiencia de medios no basta para que se produzca una situación de escasez. Pero, aquí viene lo más importante, aunque se cumplieran esas condiciones, la conexión entre situación de escasez y economía es meramente accidental, pues las reglas de elección, como ya se mencionó, son aplicables en todas las situaciones medios-fines. Asimismo, la escala de preferencias de los fines puede estar determinada por la tecnología, la moral, la ciencia, la superstición o por cualquier otro criterio arbitrario. Por consiguiente, como las situaciones de escasez pueden presentarse en todos los campos de la vida, su referencia al significado substantivo de lo económico viene a ser sólo accidental, pues el “carácter material de la satisfacción de las necesidades se da tanto si hay maximización como si no; y la maximización se da tanto si medios y fines son materiales como si no” (Polanyi, 1994, p. 99).

Por lo antes expuesto, resulta claro que las dos raíces del significado económico forman dos mundos y que el significado formal no puede sustituir al substantivo. “Lo *económico* (barato) o *economizar* (ahorrar) se refiere a la elección entre usos alternativos de medios insuficientes. El significado substantivo, por otra parte, no implica elección ni insuficiencia. Los medios de sustento del hombre pueden, o no, implicar la necesidad de elección” (Polanyi, 1994, p. 99).

A partir de demostrar que los medios no son inherentemente insuficientes y que escasez no es lo mismo que insuficiencia de medios, se pregunta el autor ¿cómo se puede comprobar si existe escasez?, y a esta pregunta dedica sus reflexiones en el inciso IV del capítulo que venimos comentando.

De inicio, al autor le interesa aclarar cómo se puede aplicar la economía formal a situaciones empíricas y cómo se puede comprobar su insuficiencia y, una vez demostrado que escasez no es lo mismo que insuficiencia, cómo se puede constatar la presencia de escasez.

La prueba que propone Polanyi es muy sencilla. Simplemente se ordenan los fines perseguidos de manera secuencial y a cada uno de ellos se asigna uno de los medios disponibles. Si éstos se agotan antes de

alcanzar todos los fines, puede decirse que hay insuficiencia de medios. Si la prueba no puede hacerse físicamente, es posible realizarla mentalmente. Lo importante es no confundir insuficiencia con escasez. Los medios en el ejemplo anterior serían insuficientes, pero no escasos. Los medios insuficientes se habrán distribuido de la misma manera que si fueran suficientes, o sea, para un fin específico. Pero llamarlos escasos implicaría que la elección se hizo dictada por la insuficiencia de medios, lo cual no es cierto. La insuficiencia de medios no crea por sí misma una situación de escasez, sino que para que deba hacerse una elección, “los medios, además de ser insuficientes, deben tener también un uso alternativo; y tiene que haber más de un fin, así como una escala de preferencia entre ellos” (Polanyi, 1994, p. 100).

Cada una de las condiciones anteriores (medios insuficientes con usos alternativos, fines múltiples y escalas de preferencia) deberán comprobarse empíricamente, no es algo que pueda resolverse sólo lógicamente. Por su parte, unir la satisfacción de las necesidades con la escasez presupone la insuficiencia de todas las cosas materiales con las que se pueden satisfacer dichas necesidades. Esta idea aparece, dice Polanyi, en el *Leviatán* (1651) de Thomas Hobbes, “donde muestra que el Estado necesita poder absoluto para evitar que los humanos se destrocen unos a otros como una manada de lobos hambrientos” (Polanyi, 1994, p. 101). La intención de Hobbes, interpreta Polanyi, era evitar las guerras de religión mediante el poder de un gobierno secular, pero también la metáfora alude a la Revolución Comercial inglesa y a “la rivalidad depredadora de los absorbentes ricos que devoraban pedazo a pedazo las tierras comunales de las aldeas” (p. 101).

Cien años después, cuando el mercado empezaba a organizar la economía mediante el postulado de la escasez, David Hume repitió la idea de Hobbes, pero aquí la “necesidad omnipresente de elección surgió de la insuficiencia de un medio universalmente empleado: el dinero” (Polanyi, 1994, p. 101). De ahí cobró fuerza la creencia generalizada en la insuficiencia, bien debido a la oferta naturalmente limitada, o bien debido a la naturaleza ilimitada de las necesidades y deseos humanos. Pero esta afirmación, supuestamente empírica, en realidad era un dogma que ocultaba circunstancias históricas específicas. Lo cual se facilitaba si se reducía al ser humano a “un individuo del mercado”, pues significaba que el hombre sólo podía satisfacer sus deseos y necesidades mediante la compra, con dinero, de bienes proporcionados por el mercado. Paralelamente, esto implicaba que únicamente contaban las necesidades del individuo aislado y no había más satisfactores que los ofrecidos por el

mercado, dejando de lado, por irrelevante, cualquier discusión sobre la naturaleza de los deseos y necesidades humanos, pues sólo contaban las escalas de valores utilitarias de individuos aislados actuantes en los mercados.

Lo anterior lleva a Polanyi a retomar la pregunta: “¿era realmente hombre el hombre económico?” (Polanyi, 1994, p. 102), y para discutirla recurre a Aristóteles, quien “comienza su *Política* negando que el sustento del hombre como tal suponga un problema de escasez” (p. 102).¹³ Refuta a Solón, para quien es ilimitado el deseo de riquezas entre los hombres, sosteniendo que las verdaderas riquezas de una familia o de un Estado, las cosas necesarias para la vida (almacenables y conservables) solamente son medios para ciertos fines; los medios siempre están limitados y determinados por sus fines y la única necesidad natural es la del sustento.

Por su parte, lo que Aristóteles llama “la buena vida” no puede basarse en un deseo ilimitado de bienes materiales y de diversiones, por el contrario, lo que el estagirita llama “el elixir de la buena vida (...) no puede acapararse ni poseerse físicamente” (Polanyi, 1994, pp. 102-103), esto es, la emoción, el éxtasis, el honor, el disfrute del tiempo libre, el servicio a los demás.¹⁴ Además, Aristóteles no se plantea el problema de la escasez porque para él la economía, la administración doméstica, “se refiere a la relación de las personas que crean instituciones tales como la familia u otras unidades «naturales» como la *polis*. Su idea de economía, por tanto, denota un proceso institucionalizado a través del cual se asegura el sustento” y la falsa idea de los deseos y necesidades sin límite la atribuyó a dos circunstancias. Una era la adquisición de víveres por mercaderes comerciales y la otra era la interpretación errónea de la buena vida como una acumulación utilitaria de placeres físicos. Es por ello que “Aristóteles no vio lugar para el factor de escasez en la economía humana” y fue “el primero en reconocer que un estudio del

13 En el capítulo IV de *La gran transformación*, “Las sociedades y los sistemas económicos”, Polanyi enfatiza que Aristóteles fue capaz de “advertir las implicaciones humanas de la ganancia de dinero” (Polanyi, 2003, p. 103). Al distinguir Aristóteles entre el principio del uso y el de la ganancia nos dio la clave para nuestra civilización, “cuyos grandes lineamientos pronosticó correctamente Aristóteles 2 000 años antes de su advenimiento, contando apenas con los rudimentos de una economía de mercado a su disposición” (p. 103). De tal manera que al “denunciar el principio de la producción para la ganancia como algo «no natural para el hombre», como algo ilimitado, Aristóteles estaba apuntando al hecho fundamental: el divorcio de una motivación económica separada frente a las relaciones sociales en las que se daban estas limitaciones” (p. 103).

14 Es evidente que el concepto aristotélico de “buena vida” tiene paralelos notables con el concepto indoamericano de “buen vivir”.

papel de la escasez en la economía humana presupone una adhesión al significado substantivo de lo económico” (p. 103).

En concordancia con lo anterior, el apartado V y último del capítulo que estamos reseñando se dedica a la economía substantiva. Pero antes veamos con mayor detalle el estudio que hace Polanyi de Aristóteles.

5. REDESCUBRIENDO A ARISTÓTELES

En Polanyi, Arensberg, Pearson (1976) escribe Polanyi un largo trabajo sobre Aristóteles. En este capítulo, dejando de lado los errores históricos en que incurre el autor al caracterizar a la economía griega de la época,¹⁵ lo más relevante es que para Polanyi, el filósofo “atacó el problema del sustento humano con un radicalismo del que no fue capaz ningún autor posterior; nadie ha penetrado tan profundamente en la organización material de la vida del hombre. En efecto, él planteó con todo su peso la cuestión del lugar ocupado por la economía en la sociedad” (Polanyi, 1976, p. 113).¹⁶ Esto lo afirma Polanyi refiriéndose en particular al libro I de *La Política* y al libro V de la *Ética a Nicómaco*.

De acuerdo con la filosofía de Aristóteles, explica Polanyi, “los tres premios de la fortuna eran: honor y prestigio; seguridad de vida e integridad física; (...) la riqueza, es la felicidad de la propiedad, principalmente de la herencia o de algún tesoro famoso (...). Por otra parte, la pobreza va ligada a una condición inferior; supone trabajar para vivir, con frecuencia a las órdenes de otros” (Polanyi, 1976, p. 124). En particular, sobre el tan debatido concepto de escasez, apunta Polanyi que en “Aristóteles la escasez refleja la mezquindad de la naturaleza o la carga en trabajo que la producción lleva consigo. Pero los altos honores y las raras distinciones no escasean por ninguno de estos motivos, sino por la razón evidente de que en la cima de la pirámide no hay mucho sitio. (...) De ahí la ausencia, en la sociedad antigua, de la ‘connotación económica’ de la escasez, independientemente del hecho de que los bienes de consumo escaseen realmente o no, pues los premios más selectos no pertenecen a este orden de cosas. La escasez deriva aquí de la esfera extraeconómica” (p. 124).

Otro punto que destaca Polanyi en Aristóteles es el concepto de autosuficiencia y al respecto escribe: “la *autosuficiencia* del grupo humano, ese postulado de la supervivencia, está asegurada cuando es posible

¹⁵ Véase la opinión de Godelier al respecto en Polanyi, Arensberg y Pearson (1976, pp. 25-27).

¹⁶ Más adelante escribe Polanyi que “las consideraciones de Aristóteles sobre las relaciones entre economía y sociedad pueden verse en su realismo total” (Polanyi, 1976, p. 125).

físicamente el abastecimiento de «lo necesario». Con este término se quiere designar a los bienes que sirven de sustento y se pueden almacenar, es decir, que se conservan. (...) La familia es la unidad de consumo más pequeña y la polis la mayor; en los dos casos lo «necesario» está determinado por las pautas de la comunidad, de donde la noción de su carácter intrínsecamente restringido. (...) Por razones prácticas, el carácter ilimitado de los deseos y necesidades humanos —en correlación lógica con la idea de «escasez»— era un concepto muy ajeno a este enfoque” (Polanyi, 1976, pp. 124-125).

Para Polanyi el marco de referencia de las reflexiones de Aristóteles sobre cuestiones económicas era la comunidad, por lo que “en términos modernos podemos afirmar que el enfoque aristotélico a los problemas humanos era sociológico. Al proyectar un campo de estudio relacionaba todas las cuestiones de origen y función institucionales con la totalidad social. Los conceptos de referencia eran la comunidad, la autosuficiencia y la justicia. El grupo como empresa activa común forma una comunidad (*koinonia*) cuyos miembros están ligados por el vínculo de la buena voluntad (*philia*). Tanto en el *oikos* como en la polis, y también en otros lugares, hay una especie de *philia* específica de aquella *koinonia*, y sin ella no podría subsistir el grupo. La *philia* se expresa en una conducta de reciprocidad (*antipeponthos*), es decir, en disposición para dividir y compartir las cargas sociales. Todo lo que se necesite para continuar y mantener la comunidad, incluyendo su autosuficiencia (*autarkeia*), es «natural» e intrínsecamente bueno. Puede decirse que autarquía es la capacidad de subsistir sin depender de recursos exteriores” (Polanyi, 1976, pp. 125-126).

En concordancia con lo anterior, el “comercio es «natural» cuando sirve para la supervivencia de la comunidad haciéndola autosuficiente” (Polanyi, 1976, p. 126). Por su parte, el comercio se hace necesario cuando la familia crece demasiado y sus miembros deben establecerse de manera separada. Y el “precio justo (...) deriva de las demandas de la *philia* expresadas en la reciprocidad, que es la esencia de la comunidad humana” (p. 126). Así, comunidad, autosuficiencia y justicia son los pilares de la sociología aristotélica y el marco de referencia de su pensamiento sobre los temas económicos.

En contra de Solón, quien afirmaba el carácter ilimitado de los deseos de enriquecimiento del hombre, Aristóteles sostiene que la “riqueza consiste realmente en las cosas necesarias para la supervivencia cuando están almacenadas por la comunidad que depende de ellas para su sustento. Las necesidades humanas, ya sean las de la familia o las de

la ciudad, no son ilimitadas, y tampoco hay una escasez de medios de subsistencia en la naturaleza. (...) En todo momento es explícita la referencia institucional. Se esquiva la psicología y se adopta siempre una postura sociológica. (...) No tiene en cuenta, y mucho menos aprueba, ninguna necesidad que no sea de subsistencia. (...) [La escasez derivada del lado de la demanda] Aristóteles la atribuye a una noción equivocada de la buena vida como un deseo de mayor abundancia de bienes físicos y placeres” (Polanyi, 1976, p. 127).

En la época de Aristóteles, aunque el comercio propiamente dicho se encontraba en pañales, ya se observaba su práctica por algunos ciudadanos de alta condición, mientras que antes quedaba reservado a “clases bajas” y extranjeros. Sus ganancias procedían simplemente de que compraban a un precio y vendían a otro superior. Aristóteles designa al intercambio comercial *kapéliké*, mientras que no existía un nombre para tal actividad. Lo que estaba ocurriendo era que la institución del mercado entraba en la órbita del comercio y este se realizaba en el *ágora* ateniense. Polanyi considera que tanto la acuñación de moneda y la venta al por menor de alimentos son fenómenos simultáneos, pero el uso de la moneda se extendió mucho más que la instalación de mercados. Además, enfatiza el autor, los mercados locales en tiempos de Aristóteles “eran una institución inestable. Se organizaban cuando la ocasión los hacía necesarios, en una emergencia o con un propósito determinado, y nunca sin existir razones de conveniencia política. El mercado local de alimentos tampoco presenta características de órgano para el comercio de largas distancias” (Polanyi, 1976, p. 132). Importante es subrayar que tanto los mercados locales como los intercambios a largas distancias no conocían las fluctuaciones de precios, sino hasta el siglo III a.C. “no se hizo detectable el funcionamiento de la dinámica de mercado competitivo en el terreno del comercio internacional, y ello ocurrió primero con el trigo y, posteriormente, con los esclavos en el puerto franco de Delos” (p. 133).

Aristóteles todavía no conoce mercados creadores de precios y sólo veía perversidad “en la suposición de que el surgimiento de un deseo de hacer dinero podría servir a algún propósito útil” (Polanyi, 1976, p. 134). De ahí la convicción de Polanyi de que es erróneo pensar que en la *Ética* el filósofo ofrezca una teoría de los precios, como suponen otros estudiosos. La razón presentada por Polanyi es que la sociedad de Aristóteles es fundamentalmente autárquica y el intercambio se realizaba solamente para asegurar la autosuficiencia. Es decir, “el intercambio, según Aristóteles, tenía sus raíces en las necesidades de la familia

ampliada, cuyos miembros en un principio usaban en común bienes de propiedad común. Cuando su número creció y se vieron obligados a establecerse por separado, empezaron a carecer de algunas de las cosas que anteriormente habían usado en común y, por consiguiente, se vieron obligados a adquirir bienes unos de otros. Al poco tiempo, la reciprocidad en la distribución se conseguía mediante actos de trueque.

“Los términos de intercambio debían ser tales que mantuvieran la cohesión de la comunidad” (Polanyi, 1976, p. 134). Con lo cual queda claro que los intereses de la comunidad estaban por encima de los intereses del individuo y los bienes y servicios debían ser intercambiados de acuerdo con el rango social de los productores y con ello se alcanzaban precios justos. El precio justo, además, separaba el comercio natural del que no lo era. Mientras que los precios regateados, que beneficiaban a una de las partes en perjuicio de la otra, podían erosionar la cohesión de la comunidad. Por su parte, los precios justos estaban fijados por la costumbre, la ley u otros factores extraeconómicos, por lo que el intercambio con ganancia era “antinatural” para el estagirita, en tanto que el precio natural era “expresión de la estimación mutua de la condición social de los productores, no (...) algo dependiente de la relación impersonal entre los bienes intercambiados” (p. 136). Y este intercambio de bienes no era más que un intercambio de equivalencias, cuya función era asegurar que todos los miembros de la familia, en el sentido griego claro está, participaran en la distribución de los bienes necesarios para la vida. De esta manera, el “propósito del trueque era abastecer a los miembros de la familia para que llegaran al nivel de autosuficiencia” (p. 136). En conclusión, el “intercambio es, en este contexto, parte de un comportamiento de reciprocidad en contraste con los criterios comerciales que convertían al trueque en el reverso de la generosidad y la gracia que acompañaban a la idea de reciprocidad” (p. 137).¹⁷

6. LA ECONOMÍA SUBSTANTIVA

Como la definición de escasez como única representación del significado de lo económico es tanto insostenible empíricamente como

¹⁷ Finalmente, en este capítulo Polanyi hace algunas precisiones lingüísticas sobre los conceptos empleados por Aristóteles y manifiesta su desacuerdo con las traducciones realizadas por los orientalistas hasta ese momento. Entre estos conceptos quisiera destacar el de *chrématistiké*, que muchos han traducido como “hacer dinero”, mientras que Polanyi insiste en que significa “el arte del abastecimiento”, pues el significado original de la palabra griega *chremata*, no era dinero, sino los propios bienes necesarios. En apoyo al punto de vista de Polanyi recuérdese el famoso texto de Protágoras que dice: “el hombre es la medida de todas las cosas (...)”, la palabra empleada para “cosas” es precisamente *chremata*.

inútil al tratar de comprender la economía de lugares y épocas donde no se ha impuesto el mercado como institución dominante, es preciso entonces reivindicar el concepto substantivo de economía. Es decir, la “economía entendida como el proceso institucionalizado de interacción que sirve a la satisfacción de las necesidades materiales, forma parte vital de toda sociedad humana” (Polanyi, 1994, p. 104). Además, la “economía substantiva debe considerarse a dos niveles: al de la interacción entre el hombre y su entorno y al de la institucionalización de ese proceso” (p. 104). Aunque ambos niveles son inseparables, Polanyi los tratará por separado.

La interacción comprende dos tipos de cambio. El cambio de lugar (localización) y el cambio de propietario (apropiación). En el primero, las cosas se desplazan en el espacio. El movimiento de localización comprende cacerías, expediciones, incursiones, tala de árboles, extracción de agua, navegación, ferrocarriles, transporte aéreo, lo mismo que crecimiento de las siembras. En el segundo, cambia la persona o personas que disponen de las cosas, o sea, cambian los derechos para disponer de ellas. El primer cambio comprende la producción y el transporte. El segundo, las transacciones y sus disposiciones. En todo esto los “seres humanos juegan un papel fundamental: dedican sus esfuerzos al trabajo; se mueven ellos mismos y disponen de sus posesiones y actividades en un proceso que en definitiva sirve al fin de su supervivencia. La producción representa quizás la más espectacular hazaña económica, es decir, el avance ordenado de todos los medios materiales hacia la etapa del consumo de los medios de subsistencia. Juntos, los dos tipos de movimiento completan el proceso de la economía” (Polanyi, 1994, p. 104). Más precisamente, “el carácter económico de la producción se deriva del hecho de que el movimiento de localización involucra trabajo combinado de una manera específica con otros bienes” (p. 104).

Después de discutir brevemente los movimientos de apropiación y disposición sobre cualquier posesión valiosa, el autor defiende el uso del término combinación de bienes para referirse a la producción, resaltando que “las cosas son útiles porque sirven a una necesidad, directa o indirectamente, mediante sus diversas combinaciones” (Polanyi, 1994, p. 105). Estas combinaciones se producen entre lo que Menger llamó bienes de un orden “inferior” y de un orden “superior”, siendo el trabajo uno del segundo tipo. Aquí Polanyi retoma el énfasis que pone Menger en su obra póstuma, en que la producción no se debe a la escasez general de bienes, “sino que, la producción nace de la diferencia entre los bienes de orden «inferior» y los de orden «superior» —un hecho tecnológico

de la economía substantiva. Consecuentemente, la preeminencia del trabajo como factor de producción se debe a la circunstancia de que el trabajo es el agente más general entre todos los bienes de orden «superior»” (p. 106).¹⁸

Por lo tanto, desde la perspectiva de la interacción, la economía comprende al hombre y a la naturaleza, “así como su interrelación en una secuencia de acontecimientos físicos, químicos, fisiológicos, psicológicos y sociales que van desde la escala mínima a la máxima” (Polanyi, 1994, p. 106). Pero es importante tomar en cuenta que este proceso no tiene existencia independiente, sino que la trama de la interacción “no puede arrancarse del tejido ecológico, tecnológico y social que forma su historia, al igual que el proceso de la vida no puede separarse del organismo animal” (p. 106). De esta manera, las “propiedades de unidad y estabilidad, estructura y función, historia y política, confluyen en la economía a través de su investidura institucional” (p. 106).

Polanyi concluye sus reflexiones con un enunciado relevante, pero incompleto, pues dice que con lo anteriormente señalado es evidente “cuales son las bases para definir el concepto de economía humana como un proceso institucionalizado de interacción, cuya función es ofrecer los medios materiales a la sociedad” (Polanyi, 1994, p. 107). Para que la idea quedara completa faltaría sólo agregar: para el sustento del hombre.

Estas mismas ideas vienen desarrolladas en Polanyi, Arensberg y Pearson (1976), con relación a los conceptos de actividad y de institucionalización, en el contexto de la argumentación de que la economía es una actividad institucionalizada.

Sobre el concepto de *actividad*, explica el autor que se trata de movimiento y los movimientos pueden ser cambios de situación y/o de apropiación y estos dos tipos de movimientos corresponden a todas las posibilidades de la actividad económica como fenómeno natural y social. Ejemplos de movimientos de situación son la producción y el transporte. Además, agrega Polanyi, retomando la idea de Menger, que

18 Menger llama bienes del primer orden a los bienes de consumo inmediato y bienes de órdenes superiores a los medios de producción. Estos últimos pueden ser bienes del segundo, del tercer o del cuarto orden, dependiendo de su cercanía a la satisfacción final de las necesidades. A Menger le interesa destacar dos cosas. Una es que lo que él llama “esencia de los bienes” consiste en poder emplear cosas útiles en la satisfacción de nuestras necesidades. La otra cuestión destacable es la conexión causal de los bienes y las leyes a que se hallan sujetos. Lo que Menger llama “el nexo causal de los bienes” (por ejemplo, el pan que comemos, la harina, el trigo, el campo, los aperos, las instalaciones, el trabajo de los campesinos, etc.) hoy lo llamaríamos cadena de valor. Todo esto viene expuesto en el capítulo I de los *Principios de economía política* (1871), “La teoría general del bien”.

los productos pueden ser de un orden superior o inferior, de acuerdo con la utilidad que tengan para el consumidor, es decir, según satisfagan necesidades directa o indirectamente. Así, los bienes de consumo serían de un orden superior y los bienes de producción serían de un orden inferior. Debe destacarse que Polanyi llama productos de orden superior a los bienes de consumo y Menger los llama bienes de primer orden, mientras que Polanyi llama productos de orden inferior a los bienes de producción, en tanto que para Menger los medios de producción son llamados bienes de órdenes superiores (Menger, 1996, pp. 71 y 74). Esto es, que lo superior e inferior son concebidos de manera inversa por Menger y Polanyi respectivamente. Por su parte, el movimiento de apropiación incluye la circulación de los productos y su administración. A la primera corresponden las transacciones y a la segunda las disposiciones. Una transacción es un movimiento de apropiación entre sujetos y “una disposición es un acto unilateral de un sujeto al que la fuerza de la costumbre o de la ley le atribuyen unos efectos determinados” (Polanyi, 1976, p. 294).

7. FORMAS DE INTEGRACIÓN

Antes de pasar a la parte histórica de su libro, *El sustento del hombre*, donde se analizan distintos casos que muestran las variadas formas en que la economía ha estado incrustada en la sociedad, desde la sociedad tribal a la arcaica, en el capítulo III de su libro el autor aborda una temática que ya aparece brevemente tratada en el capítulo IV de *La gran transformación*, bajo el título de “Sociedades y sistemas económicos”. Me refiero a lo que Polanyi denomina “formas de integración y estructuras de apoyo” y que muestran claramente cuál es el lugar ocupado por la economía en diferentes sociedades.¹⁹

De inicio el autor precisa que las “formas de integración designan a los movimientos institucionalizados a través de los cuales se conectan los elementos del proceso económico, desde los recursos materiales y el trabajo hasta el transporte, almacenamiento y distribución de

¹⁹ En el capítulo IV de *La gran transformación*, Polanyi discute las formas que aseguran el orden en la producción y la distribución, que son lo que él llama principios de comportamiento: reciprocidad, redistribución y el principio del *hogar* o producción para el propio uso, y cuyos patrones institucionales son respectivamente: simetría, centralidad, grupo cerrado o autarquía. El cuarto principio de comportamiento económico que menciona Polanyi es el trueque o intercambio y su patrón institucional es el mercado, lo cual desarrolla en el capítulo V, “La evolución del patrón de mercado” (Polanyi, 2003, pp. 91-104 y 105-117).

mercancías”.²⁰ Agregando a continuación que las “principales formas de integración de la economía humana son, empíricamente, la reciprocidad, la redistribución y el intercambio” (Polanyi, 1994, p. 109).

El lector conocedor de la obra de Polanyi recordará que en *La gran transformación* también se menciona como forma de integración la economía doméstica (*householding*), que consiste en la producción para el propio uso y que los griegos llamaban *oekonomia* (Polanyi, 2001, p. 55). En este libro, el autor sostiene “que todos los sistemas económicos conocidos hasta el final del feudalismo en Europa occidental se organizaron de acuerdo con los principios de la reciprocidad o la redistribución, o de la actividad hogareña, o alguna combinación de las tres. Estos principios se institucionalizaron con el auxilio de una organización social que, entre otras cosas, utilizaba los patrones de la simetría, la centralidad y la autarquía” (Polanyi, 2003, p. 103).²¹

Al igual que los otros principios del comportamiento económico, la actividad hogareña, que se basa en la autarquía, puede ocurrir en una sociedad sin predominar en ella y sin crear instituciones diseñadas sólo para una función y “la autarquía económica es sólo un rasgo accesorio de un grupo cerrado existente” (Polanyi, 2003, p. 106).

Sin embargo, en su obra póstuma, Polanyi ya no habla de la actividad hogareña y concluye su reflexión mencionando solamente la reciprocidad, la redistribución y el intercambio. El autor enfatiza que estos conceptos están libres de toda valoración y que las “formas de integración son relativamente independientes de los fines y caracteres de los gobernantes, así como de los ideales y formas culturales en cuestión. Una actitud neutra respecto a las implicaciones morales y filosóficas de la política gubernamental y de los valores culturales es un requisito imprescindible para cualquier estudio objetivo de las cambiantes relaciones del proceso económico con las esferas culturales y políticas de la sociedad en su conjunto” (Polanyi, 1994, p. 110).

20 Importante es destacar que lo que a los ojos de Menger, y probablemente de otros economistas, es una conexión determinada tecnológicamente, para Polanyi es un fenómeno institucional.

21 El tema de las formas de integración se desarrolla también en Polanyi, Arensberg y Pearson (1976), en los siguientes términos. En este texto dichas formas se introducen por ser instrumentos conceptuales necesarios para analizar el lugar cambiante que ocupa la economía en la sociedad. Pero aquí, como en *El sustento del hombre*, ya no se menciona la autarquía, sino sólo reciprocidad, redistribución e intercambio, que se combinan para dar unidad y estabilidad a la economía, siendo en ocasiones difícil de identificar alguna de ellas como dominante, pues se manifiestan juntas, pero aun así resultan un instrumento heurístico de gran utilidad.

Metodológicamente, las formas de integración deben entenderse “como diagramas que representan las pautas de los movimientos de bienes y personas en la economía, tanto si estos movimientos consisten en cambios de localización, de apropiación, o de ambos” (Polanyi, 1994, p. 110).

La reciprocidad “describe el movimiento de bienes y servicios (o la disposición sobre ellos) entre puntos correspondientes de un agrupamiento simétrico; la redistribución representa un movimiento [de apropiación se precisa en Polanyi, 1976, p. 296] hacia un centro y después desde ese centro hacia fuera, tanto si los objetos se trasladan físicamente como si lo que varía es la disposición sobre ellos; y el intercambio es un movimiento similar, pero entre dos puntos dispersos o fortuitos del sistema” (Polanyi, 1994, p. 110).²² Pero para comprender mejor el funcionamiento de las formas de integración es preciso considerar también las estructuras de apoyo y las actitudes personales. Es decir, no es correcto emplear los términos *reciprocidad*, *redistribución* e *intercambio* indistintamente para describir tanto actitudes personales como formas de integración, porque se trata de cuestiones diferentes, pues el “funcionamiento efectivo de las formas de integración depende de la presencia de estructuras institucionales definidas” (p. 111).

Algunos autores, como Smith, han pensado que tales estructuras se derivan de actitudes personales, como la “propensión al trueque”. El autor discrepa de este punto de vista y considera que las “estructuras de apoyo, su organización básica y su validez, nacen de la esfera social” (Polanyi, 1994, p. 111). En todos los casos (reciprocidad, redistribución y trueque) “el factor de validez y organización no surge del individuo, sino de acciones colectivas de personas en situaciones estructuradas. El intercambio como forma de integración depende de la presencia de un sistema de mercado, un modelo institucional que, contrariamente a lo que se supone, no se origina en acciones fortuitas de intercambio” (p. 111).

22 En Polanyi (1976, pp. 296-298), precisa el autor que la reciprocidad presupone un tejido social de agrupaciones distribuidas simétricamente, la redistribución de cierto grado de centralización en el grupo y el intercambio, un sistema de mercados formadores de precios. De tal suerte que las tres formas de integración aquí mencionadas toman cuerpo en estructuras institucionales bien diferenciadas. Aunque Polanyi reconoce que fue Richard Thurnwald el “primer autor que habló de la relación que existe entre la conducta de reciprocidad al nivel interpersonal, por un lado, y unas agrupaciones simétricas dadas, por otro” (p. 297), subraya que “Aristóteles enseñaba que a cada tipo de comunidad (*koinónia*) correspondía un tipo de buena voluntad (*filia*) entre sus miembros que se expresaba en reciprocidad (*antipeponthos*). Esto era válido tanto para las comunidades más permanentes, como las familias, las tribus o las ciudades-Estado, como para las menos permanentes que pueden estar comprendidas en las primeras y subordinadas a ellas” (p. 298).

En Polanyi (1976), refiriéndose al intercambio como forma de integración y que requiere un sistema de mercados creadores de precios, el autor distingue tres tipos de intercambios. El primero lo llama *intercambio operacional*, consistente en el movimiento puramente físico de bienes, un cambio de lugares entre los sujetos. El segundo lo denomina *intercambio acordado*. Se trata de movimientos apropiativos de intercambio realizados de acuerdo con una equivalencia fija. Cuando la equivalencia es negociada se trata de un *intercambio integrador*. En este punto aclara el autor que “los mercados creadores de precios no son integradores más que cuando están enmarcados en un sistema que tiende a extender el efecto de los precios a otros mercados que no sean los directamente afectados” (p. 300). Además, para “que el intercambio sea integrador la conducta de las partes ha de estar orientada a producir un precio que favorezca al máximo a cada uno de los contratantes. Este comportamiento contrasta fuertemente con el del intercambio a un precio fijo” (p. 300).

La diferencia entre los tipos de intercambio queda oculta por el concepto de *ganancia*, ya que el intercambio a precios fijos asegura una ganancia a las dos partes involucradas en el intercambio, mientras que “el intercambio a precios fluctuantes tiene como objetivo una ganancia que sólo se puede conseguir por una actitud de claro antagonismo entre los contratantes” (Polanyi, 1976, p. 300).²³

Al hablar de sistemas económicos resulta muy útil el empleo de las mencionadas formas de integración, en particular por lo que se refiere al grado en que la forma de integración dominante en una sociedad contiene a la tierra y al trabajo. Por ejemplo, en la llamada sociedad bárbara, la tierra y el trabajo se integran en la economía por vínculos de parentesco. En la sociedad feudal son los vínculos de lealtad y en la sociedad de mercado, la tierra, los alimentos y el trabajo se convierten en mercancías libremente adquiribles.²⁴

23 En el caso particular del intercambio de alimentos apunta Polanyi que “ninguna comunidad que desee preservar la solidaridad entre sus miembros puede permitir que se desarrolle una hostilidad latente en torno a una cuestión como la comida, tan vital para la existencia animal y, por consiguiente, capaz de producir tensión y ansiedad. De ahí la prohibición de las transacciones motivadas por la ganancia, por lo menos en lo que se refiere a artículos de primera necesidad, prohibición prácticamente universal en las sociedades arcaicas” (Polanyi, 1976, p. 299).

24 Aquí Polanyi critica al marxismo por tomar en cuenta en su teoría de las etapas de desarrollo de las sociedades a los modos de producción, diría Marx, con mayor precisión, sólo la forma de integración de la fuerza de trabajo, mientras que el autor considera que igualmente importante es la forma de integración de la tierra en la economía (Polanyi, 1976, p. 301).

En el caso de la reciprocidad, la simetría es su estructura de apoyo.²⁵ Para la redistribución (de tierra, recursos y productos), que conlleva los procesos de almacenamiento, funciona la centralización como estructura de apoyo. La organización central, agrega el autor, es crucial, tanto política como económicamente, y los incipientes estados han sido históricamente más un medio de distribución que un órgano de defensa o de opresión de las clases dirigentes. Los sistemas tributarios son un buen ejemplo de formas de redistribución.

De igual manera, considera Polanyi que la “redistribución también puede aplicarse en un grupo más pequeño que la sociedad, como la hacienda o el señorío” (Polanyi, 1994, p. 115).²⁶ Hacienda, precisa el autor, es el término para definir el autoabastacimiento, lo mismo que las palabras *Oikonomia* en griego y *Haushaltung* en alemán. El principio de aprovisionamiento propio es idéntico tanto si se refiere a la familia, una ciudad o un feudo. Pero no hay que pensar, advierte el autor, que la hacienda, que implica el cuidado de sí mismo y de la familia, fue la forma más primitiva de vida económica. Por el contrario, sólo “bajo una forma comparativamente avanzada de sociedad agrícola encontramos la hacienda, aunque entonces resulta bastante generalizada” (p. 116).²⁷

La discusión sobre la autarquía es más amplia en *La gran transformación*, donde el autor explica que ésta ha sido compatible con los mercados; por ejemplo, “bajo el sistema mercantilista, prosperaban bajo el control de una administración centralizada que promovía la autarquía de las unidades familiares campesinas y de la vida nacional” (Polanyi, 2003, p. 118). Además, reconoce el autor, la autarquía ha alcanzado dimensiones incluso continentales. Por ejemplo, durante la “reagrarización” de Europa central, puesta en marcha por los gobiernos que temían una expansión bolchevique a raíz de la Revolución Rusa de 1917 y que culminó con el movimiento de autarquía de los años veinte, que “apuntaba a la necesidad de un ajuste ante el desvanecimiento de un orden” (p. 250).

La guerra en Europa mostró los peligros de la interdependencia y la necesidad de la autarquía, sobre todo en alimentos y materias pri-

25 Esta afirmación de Polanyi se basa en el estudio que hace de las obras de Richard Thurnwald y Bronislaw Malinowski.

26 Dado que en la hacienda generalmente una parte de la producción, cuya importancia relativa puede variar, se destina al autoconsumo y la otra a la venta, es posible que, por esta razón, en este texto, posterior a *La gran transformación*, haya decidido omitir la autarquía como forma de integración, puesto que ella se puede combinar con las otras formas de integración.

27 Como puede observarse, en estas páginas, dedicadas a la redistribución como forma de integración, es que Polanyi inserta sus reflexiones sobre el autoconsumo.

mas (Polanyi, 2003, p. 250). Todo lo cual contribuyó a impulsar “fuerzas insospechadas del liderazgo carismático y el aislacionismo autárquico que fusionaron a las sociedades en formas nuevas” (p. 260). Además, la “ausencia del sistema de balance de poder del siglo XIX, así como la incapacidad del mercado mundial de absorber la producción agrícola de Rusia, la empujaban contra su voluntad hacia la autosuficiencia” (p. 308).

El intercambio, por su parte —continúa explicando Polanyi en *El sustento del hombre*—, “es un movimiento bidireccional de bienes entre personas para que ambas partes obtengan el máximo beneficio. En palabras más llanas, el trueque es la forma de conducta de personas que intercambian mercancías para obtener el máximo beneficio de ellas. El regateo es su esencia misma, puesto que es la forma más apropiada para que ambas partes obtengan el máximo beneficio en el trato. El regateo (...) es (...) un modelo de conducta lógicamente exigido por el mecanismo del mercado” (Polanyi, 1994, p. 116). La estructura institucional que corresponde al intercambio es el mercado.

En suma, lo que Polanyi llama pautas o formas de integración no son más que agregados de conductas individuales, pues su función de integración viene condicionada por determinadas situaciones institucionales. Tales situaciones serían organizaciones simétricas, puntos centrales y sistemas de mercado. Para que las conductas individuales tengan los efectos esperados, deben previamente estar presentes las estructuras institucionales. Esta perspectiva de Polanyi es importante, pues contrasta con la de los economistas neoclásicos, que parten de actos individuales de intercambio para explicar el surgimiento de los mercados. Por el contrario, para nuestro autor la estructura institucional, que consiste en un sistema de mercados creadores de precios, no puede surgir como fruto de actos de intercambio realizados aleatoriamente. Lo mismo vale para todas las formas de integración. De tal manera que si no existen previamente las organizaciones sociales correspondientes, los actos individuales, sean de reciprocidad, redistribución o intercambio, suscitarán rechazo moral y emocional por parte de los miembros de la sociedad, pues la opinión [pública podría agregarse], no tolera actos “fuera de los canales sancionados por la costumbre” (Polanyi, 1976, p. 298).

Como en la realidad las formas de integración no funcionan aisladamente, entonces la “reciprocidad, como forma de integración, se refuerza notablemente cuando consigue utilizar tanto la redistribución como el intercambio como métodos subordinados” (Polanyi, 1976, p. 299). De tal manera que en las economías sin mercado frecuentemente aparecen

juntas la reciprocidad y la redistribución. Esta última aparece en un determinado grupo social “en la medida en que la asignación de los productos está centralizada y se realiza siguiendo costumbres, leyes o decisiones centrales *ad hoc*” (p. 299). Esta forma surge por diversas razones y en las más variadas civilizaciones, desde la tribu cazadora hasta complejos sistemas de gobierno, como los que existieron en Egipto, Sumeria, Babilonia o Perú, e incluso en el moderno estado capitalista de bienestar. También puede funcionar la redistribución al interior de grupos pequeños, como la familia o la hacienda, independientemente de la forma de integración dominante en la sociedad en su conjunto, pero empezó a generalizarse de manera avanzada en las sociedades agrícolas.

Polanyi advierte que las formas de integración no suponen etapas históricas sucesivas de desarrollo, sino que varias formas subordinadas pueden aparecer simultáneamente bajo una forma dominante, misma que puede estar vigente un tiempo, eclipsarse transitoriamente y luego volver a aparecer.²⁸ Tomando en cuenta esto, el autor propone clasificar las economías según las formas dominantes de integración, poniendo especial atención en el papel de la tierra y el trabajo en cada sociedad, pues de esto depende básicamente el predominio de una u otra forma de integración. En particular, el “surgimiento moderno del mercado como fuerza rectora de la economía se puede trazar desde el momento en que la tierra y los alimentos se movilizaron mediante el intercambio y el trabajo se convirtió en una mercancía que podía adquirirse en el mercado” (Polanyi, 1994, p. 117).²⁹

El resto del libro lo dedica Polanyi a una serie de economías antiguas, desde sociedades tribales hasta la Grecia clásica, para demostrar que la economía siempre ha estado incrustada en la sociedad. En *La gran transformación* ya había demostrado lo insensato de tratar de romper este incrustamiento y sus fatales consecuencias.

28 Estos planteamientos de Polanyi no han estado exentos de crítica. Por ejemplo, Godelier, en su presentación a *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, sostiene “que las tres formas de integración de la economía confundían bajo un solo término dos realidades diferentes y jerarquizadas, las relaciones de producción y las formas de circulación del producto social. (...) Polanyi (...) tendría que haber explicado no sólo el «lugar» cambiante de la economía, es decir, la propia *forma* de las relaciones de producción, sino también el «papel» de la economía en la sociedad” (Polanyi, Arensberg y Pearson, 1976, pp. 34-35).

29 En este punto, y para concluir el capítulo, Polanyi hace una observación crítica al marxismo que quisiera destacar. Al respecto, afirma dicho autor que la clasificación marxista de los sistemas económicos en esclavitud, servidumbre y trabajo asalariado “surge de la convicción de que el carácter de la economía lo define la posición del trabajo. Sin embargo, es evidente que la integración de la tierra dentro de la economía debería considerarse una cuestión de no menor importancia” (Polanyi, 1994, p. 118).

8. EL LUGAR DE LA ECONOMÍA EN LA SOCIEDAD

Todo el andamiaje teórico expuesto en las páginas anteriores tiene como propósito el esclarecimiento de una pregunta clave, a saber: ¿cuál es el lugar de la economía en la sociedad? A esta cuestión Polanyi y sus colaboradores Conrad M. Arensberg y Harry W. Pearson dedican un colosal esfuerzo, plasmado en el libro colectivo titulado *Comercio y mercado en los imperios antiguos* (1976), y en particular le dedican un muy breve texto, de apenas cuatro páginas, titulado “El lugar de la economía en la sociedad” (Polanyi, Arensberg y Pearson, 1976, pp. 285-288).

En estas líneas enfatizan los autores que los hallazgos de numerosos estudiosos han demostrado que el proceso social es un “entramado de relaciones entre el hombre como entidad biológica y la estructura de símbolos y técnicas en la que se desarrolla su existencia” (Polanyi, Arensberg y Pearson, 1976, p. 285). Pero, a pesar de lo anterior, se sigue considerando al “hombre como átomo utilitarista, y este desliz es quizá más evidente en nuestras ideas referentes a la economía que en cualquier otro terreno” (p. 285). Esto, porque todavía pesa mucho la herencia intelectual que supone en el hombre una tendencia innata al trueque, ante la cual han sido infructuosos los intentos de insertar la economía en un marco social.

Polanyi y sus colegas cuestionan la validez universal del sistema de mercado, enfatizan su necesaria datación histórica y precisan que sólo este sistema conduce necesariamente a acciones economizadoras, pero no así toda la estructura institucional de la economía. A los autores les preocupan las implicaciones del enfoque formal de la economía para todas las ciencias sociales relacionadas con ella y sostienen que un punto de partida diferente, como el que ellos promueven, consistiría en analizar la economía humana como un proceso social. Para ello es preciso volver al significado real del término “económico” y superar su utilización popular, que es solamente una acepción vulgarizada y fácilmente refutable, pues si “un hombre no tiene nada que comer se morirá de hambre, por racional que sea” (Polanyi, Arensberg y Pearson, 1976, p. 286).

Por otra parte, recuerdan los autores que no sólo la teoría económica se ocupa del sustento del hombre desde el punto de vista material, también lo hacen otras disciplinas, como la antropología, la sociología o la historia económica, por ejemplo. Y a estos científicos poco les sirve aplicar un esquema interpretativo que únicamente es válido en condiciones de una economía de mercado. “El punto de interés común para todas las disciplinas económicas es el proceso a través del cual se satisfacen las

necesidades materiales. La localización de este proceso y el examen de sus mecanismos sólo es posible si se desplaza el centro de interés de un tipo de acción racional a la configuración de los movimientos de bienes y personas que constituyen en realidad la economía” (Polanyi, Arensberg y Pearson, 1976, pp. 287-288).³⁰ A partir de esta diferente conceptualización es que pretenden los autores desentrañar el laberinto de relaciones sociales en el que estaba integrada la economía. Lo cual se realiza por medio de los estudios histórico-empíricos que conforman la mayor parte del libro antes mencionado.

9. COMERCIO, DINERO Y MERCADOS

En la última parte del capítulo XIII de *Comercio y mercado en los imperios antiguos* que estamos analizando, titulado “La economía como actividad institucionalizada”, Polanyi concentra su atención en las formas de comercio, los usos monetarios y las instituciones de mercado. Al respecto, considero como lo más relevante para los propósitos del presente trabajo lo siguiente.

Lo que el autor desea criticar es la idea generalizada de que el mercado es inevitablemente el lugar del intercambio, que el comercio es la única forma de intercambio y, consecuentemente, el dinero es el único medio para realizar los intercambios. Apoyándose en los hallazgos de la antropología y la historia, el autor refuta esta idea, subrayando que “el comercio y algunas costumbres monetarias son tan viejos como la humanidad, mientras que los mercados, aunque ya en el neolítico pudiera haber reuniones con carácter económico, no adquirieron importancia hasta periodos históricos bastante más recientes” (Polanyi, 1976, p. 302). Además, los mercados creadores de precios no son los únicos que pueden dar pie a un sistema de mercado. Ciertamente, en la sociedad nacida de la Revolución Industrial inglesa, comercio, dinero y mercado forman un todo integrado, pero en la historia esto no ha sido siempre así, y tampoco lo es en sociedades contemporáneas, pero que no son sociedades de mercado. De ahí la necesidad de analizar por separado el

30 En este punto quisiera enfatizar lo que considero una equivocación de Polanyi y sus coautores. Ellos insisten en enfatizar las necesidades materiales cuando lo importante no es la materialidad de las necesidades, sino la materialidad de sus satisfactores. El mismo Polanyi proporciona argumentos para este punto de vista, pero parece olvidarlos. Una iglesia satisface necesidades espirituales de la comunidad de creyentes, sean cristianos, musulmanes o judíos, pero la iglesia se construye con piedra, hierro, cemento y demás objetos materiales que deben ser producidos. Lo mismo puede decirse de un museo o una galería de pintura, que no satisfacen necesidades materiales, sino estéticas, pero que requieren de objetos materiales para cumplir sus funciones.

comercio, el dinero y los mercados, lo cual esboza el autor en las últimas trece páginas del capítulo en cuestión.

El comercio, que es una actividad colectiva más que individual, define Polanyi, es un método relativamente pacífico para adquirir bienes ausentes o escasos en determinado lugar, que funciona de manera bilateral, pacífica y regular. En una sociedad de mercado³¹ todas las mercancías se comercializan en un movimiento controlado por precios y todo comercio es comercio de mercado.

Polanyi distingue cuatro componentes del comercio: 1) personas, 2) mercancías, 3) transporte y 4) bilateralidad. Sobre las personas que llevan a cabo las actividades comerciales, apunta el autor que la condición de mercader varía en cada sociedad, como lo hacen los incentivos para dedicarse a ello, que pueden ser el honor, el deber o las ganancias. Aquí hay que tomar en cuenta también las pautas de vida que cada comunidad estima adecuadas a la condición de mercader. También, de manera histórica, pueden analizarse los distintos tipos de mercaderes. O bien antropológicamente se puede tratar de comprender la “curiosa personalidad del mercader extranjero” (Polanyi, 1976, p. 305).

Respecto a las mercancías, aclara el autor que históricamente no ha existido comercio “en general”, sino que éste siempre ha estado determinado específicamente por el tipo de mercancías transportadas y las condiciones políticas y ecológicas de la aventura que ha representado el comerciar, especialmente a grandes distancias. En este punto subraya Polanyi que hay que tomar en cuenta que “cuando la economía no está regida por el mercado las importaciones y las exportaciones tienden a estar sometidas a regímenes distintos” (Polanyi, 1976, p. 306).

El transporte puede valorarse en términos de costos, pero esto es insuficiente en el análisis histórico, donde se revela que “las rutas comerciales y los medios de transporte pueden tener tanta importancia para las formas institucionales del comercio como los tipos de productos transportados. En efecto, en todos estos casos, las condiciones geográficas y tecnológicas están entrelazadas con la estructura social” (Polanyi, 1976, p. 307).

La bilateralidad, por su parte, fija tres tipos de comercio: 1) comercio de presentes, 2) comercio administrativo y 3) comercio mercantil. El comercio de presentes une a las partes por relaciones de reciprocidad, siguiendo en general ciertos protocolos ceremoniales, para intercambiar tesoros o bienes suntuarios. El comercio administrativo se rige por tra-

31 Polanyi dice textualmente: “Desde el punto de vista cataláctico (...)” (Polanyi, 1976, p. 303).

tados más o menos formales y a través de canales controlados por los gobiernos, los cuales especifican todos los detalles de las transacciones que involucran regularmente mercancías estandarizadas, sin que se presente el regateo, sino que las equivalencias son determinadas de una vez y para siempre. Ante circunstancias cambiantes pueden hacerse ajustes en cuanto a elementos ajenos al precio (medidas, calidad, medios de pago, etc.). La principal institución del comercio administrativo es el puerto de comercio, un espacio seguro, protegido y apto para todas las maniobras técnicas requeridas. En el comercio mercantil los “intercambios son la forma de integración que relaciona a las partes entre sí” (Polanyi, 1976, p. 309). Es la variante moderna y más importante del comercio y su organización obedece al mecanismo de oferta y demanda que fijan un precio. Es adaptable a todo tipo de mercancías y a sus diversas formas de manejo.

Por lo que toca al dinero, enfatiza el autor que su definición real es independiente de los mercados. Al especificar los usos del dinero debe tomarse en cuenta “la situación, sociológicamente definida, en la que surge el uso, y la operación realizada con los objetos monetarios en dicha situación” (Polanyi, 1976, p. 309). Entre estos usos, en la antigüedad el más común fue el de medio de pago. Su uso como patrón de valor, con fines contables, se presenta en situaciones de trueque o de almacenamiento y administración de alimentos y resulta esencial para el funcionamiento de un sistema redistributivo. El uso del dinero como medio de intercambio surge de la necesidad de objetos cuantificables para el intercambio indirecto, es decir, se adquiere dinero mediante una transacción directa, para con él, posteriormente, adquirir otros productos por medio del intercambio.

Junto a los tres usos convencionales del dinero, Polanyi agrega la extensión del significado del dinero más allá de los objetos físicos, o sea a unidades ideales, así como su utilización como expediente operativo. Lo primero se usa generalmente para realizar pagos o como patrón. Lo segundo está relacionado con el uso del dinero para fines no monetarios, que pueden ser estadísticos, administrativos, impositivos, etcétera. Finalmente, con relación al dinero, recuerda el autor que en la historia se observan no solamente distintos usos del dinero para finalidades específicas, sino también el uso de distintos objetos para desempeñar cada función, con lo cual queda demostrado que los usos monetarios, como las actividades comerciales, “pueden alcanzar un nivel casi ilimitado de desarrollo no sólo al margen de economías regidas por el mercado, sino en ausencia total de mercados” (Polanyi, 1976, p. 311).

Concluye Polanyi el capítulo que estamos analizando con unas breves reflexiones sobre los elementos de mercado. Parte de la visión que él llama cataláctica y que corresponde a la economía marginalista, según la cual “la vida económica se puede reducir a actos de intercambio realizados a través del regateo y se enmarca en el mercado. Así, se describe el intercambio como la relación económica y el mercado como la institución económica. La definición del mercado deriva lógicamente de estas premisas” (Polanyi, 1976, p. 312). Sin embargo, objeta el autor, empíricamente mercado e intercambio tienen características independientes y se pregunta por el significado real de estos conceptos y su relación.

Define el intercambio como “un movimiento mutuo de apropiación de productos entre sujetos, que se puede producir a equivalencias fijas o negociadas. Sólo este último caso es resultado del regateo entre las partes” (Polanyi, 1976, p. 312). Lo importante es que donde hay intercambio existen equivalencias. El intercambio como forma de integración únicamente aparece cuando las equivalencias son negociadas y sólo este tipo de intercambio está limitado a la institución de los mercados creadores de precios. Las instituciones de mercado comprenden a una multitud de oferentes y a otra de demandantes. Ambas multitudes se definen como una multiplicidad de sujetos deseosos de adquirir o de deshacerse de ciertos productos vía intercambio. Pero esto no significa que mercado e intercambio siempre existan unidos inextricablemente, puesto que el intercambio a equivalencias fijas se produce bajo formas de integración como la reciprocidad y la redistribución.

Considerando lo antes dicho, Polanyi propone emplear el concepto de *elementos de mercado* para estudiar las instituciones de mercado. Así, cuando están presentes simultáneamente multitudes de oferentes y multitudes de demandantes se hablará de mercado, y si sólo está presente una de ellas se hablará únicamente de institución de mercado. El siguiente elemento relevante es la equivalencia o tasa del intercambio, misma que determinará el que se trate de mercados a precios fijos o de mercados creadores de precios. Sólo en estos últimos aparece la competencia como elemento característico. También existen otros elementos que el autor propone llamar funcionales y que por lo general se dan al margen de los mercados e instituciones de mercado, pero que si se presentan junto con las multitudes de oferentes o de demandantes pueden jugar un papel de gran relevancia. Ejemplos de elementos funcionales serían la situación geográfica, los tipos de productos intercambiados, las leyes y las costumbres. Toda esta riqueza de mercados e instituciones de mercado queda oculta bajo el concepto formal de un mecanismo de oferta-demanda-precio (Polanyi, 1976, pp. 312-313).

Con ayuda de los conceptos no catalácticos de comercio, dinero y mercados, propuestos por Polanyi, espera el autor resolver problemas fundamentales de la historia económica y social, como son “el origen de los precios fluctuantes y el desarrollo del comercio de mercado” (Polanyi, 1976, p. 315). Asimismo, la propuesta conceptual de Polanyi afectará igualmente a la teoría, la política económica y la perspectiva que se tenga del futuro económico.³²

10. CONSIDERACIONES FINALES

A lo largo de este trabajo hemos realizado un largo recorrido por las páginas, dispersas en distintos textos, que Polanyi dedicó a la crítica de la teoría económica basada en la falacia del *homo oeconomicus* y en lo que el autor llamó la “mentalidad de mercado”.

La vigencia de la crítica polanyiana es innegable en las condiciones actuales, caracterizadas por una exagerada aplicación de la idea de mercado a todos los ámbitos de la vida humana e incluso de las relaciones sociedad-naturaleza. Lo cual ha desembocado en una anomia social, en el sentido de Émile Durkheim, cuyas víctimas son tanto los promotores de la “mentalidad de mercado” criticada por Polanyi como en mayor medida las personas y en general los seres vivos sometidos a la dinámica de lo que el autor llamó la “autoexpansión del mercado autorregulado”, donde todo es tratado como mercancía y es utilizado únicamente con fines de lucro.

Para profundizar en la crítica de Polanyi, hemos tenido que detenernos en una serie de conceptos fundamentales, como son la falacia económica, las definiciones formal y sustantiva de lo económico, la falacia de la escasez, el redescubrimiento que hace Polanyi de Aristóteles, en particular para afilar su crítica a dicha falacia, la reivindicación de la economía sustantiva, la explicación de las diferentes formas de integración que emplea la sociedad para resolver la tarea de dar sustento a sus miembros y, finalmente, la relación entre comercio, dinero y mercados, que no es la que supone la teoría marginalista. Todo ello en atención a la preocupación central del autor, que consiste en comprender cómo la

³² Debo advertir que las ideas desarrolladas por Polanyi en los capítulos que he seleccionado del libro *Comercio y mercados en los imperios antiguos* se complementan y fundamentan en los textos presentados por sus colaboradores y por él mismo, que profundizan tanto en el aspecto teórico como en la investigación histórica del funcionamiento del comercio y los mercados en los imperios antiguos, como el de Hammurabi, Mesopotamia, el Mediterráneo oriental, la Grecia de Aristóteles, los aztecas, los mayas, Guinea, los territorios bereberes y las aldeas indias.

economía ha ocupado distintos lugares en el interior de la sociedad y cómo siempre ha estado la primera incrustada en la segunda.

A pesar de los flancos débiles contenidos en las propuestas de Polanyi, muchos de los cuales han sido señalados por autores afines a él, pensamos que la crítica del autor de *La gran transformación* a los mitos propagados por la economía liberal y neoliberal, podríamos agregar ahora, aporta elementos de gran valor, que combinados con otros provenientes de vertientes como la ecología económica y el ecofeminismo consituyen un rico arsenal en la lucha ineludible que debe librarse contra la “mentalidad de mercado”, si se quiere construir una sociedad no sólo más humana, sino en armonía con la naturaleza y respetuosa de la dignidad de todos los seres vivos que coexisten en la Tierra.

REFERENCIAS

- Becchio, G. (2011). Existe-t-il une «doctrine-Menger» «hétérodoxe»? Sur la lecture et l'interprétation des *Grundsätze der Volkswirtschaftslehre* (Seconde version, 1923) par Karl Polanyi. En: G. Campagnolo (coord.), *Existe-t-il une doctrine Menger? Aux origines de la pensée économique autrichienne* (pp. 167-184). Aix-en-Provence: Presses Universitaires de Provence.
- Dale, G. (2010). *Karl Polanyi. The Limits of the Market*. Cambridge, UK: Polity Press.
- Dale, G. (2016). *Reconstructing Karl Polanyi. Excavation and Critique*. Londres: Pluto Press.
- Fusfeld, D.R. (1987). Methodenstreit. En: J. Eatwell, M. Milgate y P. Newman (eds.), *The New Palgrave. A Dictionary of Economics*, vol. 3, (pp. 454-455). Londres y Basingstoke: Macmillan.
- Fine, B. (1999). A question of economics: is it colonizing the social sciences? *Economy and Society*, 28(3), pp. 403-425.
- Grimmer-Solem, E. (2003). *The Rise of Historical Economics and Social Reform in Germany 1864-1894*. Oxford y Nueva York: Oxford University Press.
- Menger, C. (1923). *Grundsätze der Volkswirtschaftslehre [Principios de economía]*. 2ª edición. Viena, Leipzig: Hölder-Pichler-Tempsky A.G.
- Menger, C. (1996). *Principios de economía política*, Barcelona: Ediciones Folio.
- Milonakis, D. y Fine, B. (2009). *From Political Economy to Economics. Method, the social and the historical in the evolution of economic theory*. Londres y Nueva York: Routledge.

- Polanyi, K. (1976). La economía como actividad institucionalizada. En: K. Polanyi, C.M. Arensberg y H.W. Pearson, *Comercio y mercado en los imperios antiguos* (pp. 289-316). Barcelona: Labor.
- Polanyi, K. (1994). *El sustento del hombre*. Barcelona: Mondadori.
- Polanyi, K. (2001). *The Great Transformation. The Political and Economic Origins of Our Time*. Boston: Beacon Press.
- Polanyi, K. (2003). *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Polanyi, K., Arensberg, C.M. y Pearson, H.W. (coords.) (1976). *Comercio y mercado en los imperios antiguos*. Barcelona: Editorial Labor.
- Shionoya, Y. (2005). *The Soul of the German Historical School. Methodological Essays on Schmoller, Weber and Schumpeter*. Nueva York: Springer.
- Wallerstein, I. (2004). *Impensar las ciencias sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos*. 4ª edición. México: Siglo XXI Editores.
- Wallerstein, I. (coord.) (2006). *Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*. México: Siglo XXI Editores.